



DESCUBRÍ
CIPOLLETTI

8^o Concurso
Literario de
Edición
AÑO 2023 **Relatos Breves**



Municipalidad de Cipolletti

8° Concurso Literario de Relatos Breves : Descubrí Cipolletti / compilado
por Mirna Keller. - 1a ed. General Roca. Yzur, 2023
76 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-8274-18-8

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Contemporánea. 3. Antología de
Textos. I. Keller, Mirna, comp. II. Título.
CDD A86o

Diagramación: José Humberto Álvarez
yzurlibros@gmail.com / maticesvisuales@gmail.com



GOBIERNO DE
CIPOLLETTI



Corrección a cargo de los respectivos autores

© Mirna Keller - Compiladora | Dirección de Turismo de Cipolletti. 2023.

© Yzur - Primera Edición: Octubre de 2023.
General Roca / Río Negro - ARGENTINA
yzurlibros@gmail.com
www.yzurlibros.com

ISBN 978-987-8274-18-8

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. Queda prohibida la
reproducción total o parcial de esta obra en ninguna forma ni por ningún
medio o procedimiento sin el permiso previo, y por escrito, del editor y
sus autores. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Octubre de 2023
General Roca | Río Negro - Argentina

8^o Edición
AÑO 2023

Concurso
Literario de
Relatos Breves



Municipalidad
de Cipolletti



PRÓLOGO

"Hay un momento en que todos los obstáculos se derrumban, todos los conflictos se apartan, y a uno se le ocurren cosas que no había soñado, y entonces no hay en la vida nada mejor que escribir."

Gabriel García Márquez

Estas historias son contadas por personas que quieren compartirlas con otras personas, recuerdos que son escenarios infinitos, de personajes que se redescubren en una ciudad que nos invita a seguir recorriendo sus monumentos, plazas, parques, ríos y bardas, barrios, clubes, museos, avenidas y calles.

Ha quedado reflejada en cada página, la escritura como un desahogo, una explosión de imágenes, donde muchos se juegan la vida en palabras que describen la identidad cipoleña, resurgiendo en este presente, con quizás, algún pasado de muchos sucesos que marcaron una comunidad. Y sin duda en un futuro de testimonios por sentir, porque cuando vives la ilusión, la alegría de lo profundo, continúa la aventura.

Hoy, nos encontramos con una nueva antología, relatos para seguir explorando, buscando esa expresión que llevamos dentro, y que en el proceso generó una voz, la tuya.

Carolina M. Pardo

CONOCIENDO LA HISTORIA CIPOLEÑA DESDE LA MIRADA JOVEN

Julian Alejandro Valenzuela

En medio de la rutina diaria, la mayoría de nosotros tiende a pasar desapercibido muchos detalles importantes que son parte de nuestra historia y que ignoramos. La leyenda oculta detrás de aquellos lugares históricos, monumentos emblemáticos y objetos antiguos debería ser transmitida de vecino a vecino, convirtiéndose en algo novedoso y enriquecedor.

En la actualidad, es muy fácil recurrir al celular y simplemente "googlear" cualquier referencia que nos resulte desconocida. Sin embargo, esta facilidad nos aleja de la esencia de preguntar, consultar y entablar un diálogo con nuestros vecinos, quienes realmente aman y conocen a fondo esos hitos históricos. Por suerte, esto no me ocurrió a mí. Desde muy chico fui una persona curiosa, interesada en todo lo que ocurrió hace mucho tiempo. He tenido la suerte de presenciar el crecimiento y la puesta en valor de diversos lugares históricos de Cipolletti.

Hace algunos años, empecé a caminar algunas calles históricas de la ciudad como, por ejemplo, la Fernández Oro donde veía la estación de tren, la Yrigoyen donde veía la municipalidad con esa famosa plaquita que decía homenaje al "CIPOLLETAZO" o simplemente la poderosa estatua de aquel ingeniero que llevaba el nombre de nuestra ciudad, la cual está colocada en calle Mengelle, mi curiosidad me hacía preguntarme sobre qué había pasado en esos lugares o que significaban esas palabras.

Eso me llevó a la biblioteca "Bernardino Rivadavia", donde encontré valiosos libros aniversario que gracias a la colaboración de los vecinos y el Rotary Club fueron publicados. Contaban cómo aquel imponente tren dio paso a los primeros pobladores en "Colonia Lucinda" (primer nombre que se le dio a la ciudad), o la gran manifestación llamada CIPOLLETTAZO que unió a todos los vecinos más allá de las ideologías a defender a aquel gran vecino que era el intendente de la ciudad.

Como primera parte, el ferrocarril dio inicio a esta ciudad y que mejor que arrancar esta investigación en la antigua estación Limay, un sábado ventoso me dirigí a la estación del ferrocarril donde muy amablemente me atendieron don Enzo y Miguel, dos personas muy aficionadas al ferrocarril y su historia, actualmente tienen un museo donde muestran una maqueta a escala con trenes eléctricos, comenzamos a charlar sobre los inicios de la ciudad, donde Enzo me dijo algo que me quedo clavado

en la memoria, "Sin Tren, no hay Cipolletti". El tren facilitó la llegada de los primeros cipoleños a esta zona, mayormente árida y seca, compuesta en su mayoría por inmigrantes. A pesar de las dudas iniciales en esos años acerca de la viabilidad agrícola de la región, se inició la fruticultura con el cultivo de la alfalfa, que logró una buena demanda en el comercio local. Posteriormente, se introdujo el cultivo de la uva como segunda novedad, y finalmente la producción de manzanas y peras, que revolucionó el mercado regional, hasta el día de hoy. A pesar de no haber nacido en esta ciudad, la experiencia de Don Enzo en el ferrocarril, su habilidad para relatar los acontecimientos históricos y su entusiasmo al compartir conmigo los inicios de la ciudad, lo convertían en un cipoleño más.

Unas semanas más tarde, reanude la búsqueda de información, pero ahora sobre el famoso episodio conocido como "CIPOLLETAZO", que en breves descripciones era referido como una manifestación popular, que, durante la dictadura nacional, los vecinos salieron a las calles en defensa del Intendente Julio Dante Salto, quien estaba siendo amenazado con ser destituido de su cargo por el gobierno militar de la provincia. La pregunta que me hacía en mi mente era: ¿Quiénes fueron esos vecinos?

Pronto encontré un documental del año 2009 en el que se realizaron entrevistas y se mencionaron a algunos vecinos reconocidos y destacados en la actualidad.

Uno de ellos era Eduardo París, quien fue secuestrado durante la dictadura militar del año 1976, donde participó de manera social defendiendo los derechos de los que menos tiene y luego del Cipolletazo se convirtió en concejal. También se destacaba la figura del Dr. Pedro Moguillansky, un pionero en la introducción de la radiología en la Patagonia, además de ser un vecino comprometido con lo político y lo social. En honor a sus contribuciones, el hospital de la ciudad lleva su nombre. No podía olvidar mencionar a Lorenzo Kelly, un cineasta que capturó con su lente el mayor levantamiento de la ciudad y sus momentos claves. En la actualidad, una sala de cine en el Complejo Cultural Cipolletti lleva su memorable nombre.

Finalmente, surgió una gran incógnita: ¿Quién es el famoso ingeniero que posee una estatua en la calle Mengelle, rodeado de lugares icónicos como el parque Rosauer, el monumento a los italianos y la biblioteca Bernardino Rivadavia? Para mi sorpresa, esta destacada figura estaba más relacionada conmigo de lo que imaginaba, ya que, durante mi educación secundaria, estuve ligado con diversos profesionales de la construcción, como ingenieros, arquitectos y agrimensores. Y resultó que este ingeniero hidráulico era una eminencia reconocida en ese ámbito.

Cipolletti desempeñó un papel crucial al iniciar un proyecto que abordará las medidas necesarias para aprovechar los recursos hídricos de la región y evitar las inundaciones. Su intervención fue solicitada debido a una grave crecida de los ríos, que afectó negativamente el valle y, en particular, los sistemas de canales de riego. Tras años de arduo trabajo en la planificación de los canales de riego, comenzando con el dique Ballester, se logró resolver este importante problema. Gracias a ello, las economías del valle pudieron consolidarse gracias a una logística de riego eficiente.

Lamentablemente, Cipolletti nunca tuvo la oportunidad de visitar la ciudad que lleva su nombre. Sin embargo, diversos testimonios afirman que su deseo era descansar en ese lugar. Actualmente, sus restos descansan en la ciudad de Mendoza, en un mausoleo ubicado a pocos metros del Dique Cipolletti, el cual lleva su nombre en reconocimiento a su valioso trabajo en la resolución de los problemas de riego de esa provincia.

Personalmente a la edad de 20 años, Cipolletti es mucho más que una ciudad, es un tesoro cultural en constante evolución que invita a descubrir sus rincones llenos de historias interesantes y a sumergirse en la calidez de cada vecino. Una vez que se conoce su historia, resulta imposible no maravillarse con ella.

¡QUÉ LE PASA A MI GENTE!

Carlos Arturo Borquez Castillo

Despertó a Cipolletti un estruendo espantoso
Un inocente cuerpo se esparce por el aire
Los medios informan que fue una barbarie
Pienso y me pregunto, qué le pasa a mi gente

La noticia se expande entre los habitantes
El diariero al contarme lo noto preocupado
Pusieron una bomba explotó y mató a un hombre
José Maciel su nombre y yo lo conocía

Busco informarme más prendiendo radio y tele
Y leyendo los diarios, ahí todos coinciden
Que ha sido una locura este vil atentado
Yo otra vez me pregunto, qué le pasa a mi gente

Mirando en un informe un experto comenta
Que aquel que pone bombas no lo hace sin saber
Pues lo hace conociendo qué daño va a causar
Porque está decidido, solamente a matar

Hoy como muchos otros de mis conciudadanos
Me uno en el repudio a esos que esgrimiendo
Razones sin sentido y usando la violencia
Nos hieren y lastiman, castigan nuestro pueblo

A este pueblo sensible con corazón sangrante
Que aún llora sus muertos que sin justicia están
Al sumarse otra más hace que el miedo cunda
Se instale nuevamente en nuestra sociedad
Angustia en los vecinos gran congoja y dolor
Tristeza en familiares siguen sin comprender
Recordando un grafiti, ciudad para vivir
Que habría que cambiar, ciudad para morir

Camino la ciudad esta fría mañana
Buscando explicación porque sucede esto
Así y mientras tanto se espera una respuesta
Me sigo preguntando
¡QUÉ LE PASA, QUÉ LE PASA A MI GENTE!

ELLA HABITA EN MÍ

Rubén Nicolás Figueroa

A menudo, pasaba por su casa a visitarle. Los días grises me recordaban a su rostro, quizás por los cabellos añejados que caían desprolijos de su frente; o quizás por aquel color ceniza en el que deseaba convertir su cuerpo cuando llegara el momento indicado. La oscuridad de sus ojos era inusualmente más grande que la luz, y sus risas fluían como olas. Solíamos conversar de lo que surgiese en la inmediatez del encuentro, pues el intercambio de palabras solo era una excusa para compartir un momento en compañía. Cada conversación quedaba dando vueltas en mi mente, en mis labios, como un susurro que no se deja pronunciar. Lograba una intensa adicción en mí. Por eso, al irme de su casa, luego de caminar dos o tres cuadras, siempre sacaba mi teléfono y guardaba una nota de voz. La necesidad de resumir en brevedades los pensamientos que me invadía por completo, crecía con tanta fuerza que repentinamente sentí estallar mi conciencia por dentro.

—Ella habló del ayer como si estuviera ante sus propios ojos, como si el hoy solo fuera un velo que ensombrece todo lo que para su mente es real— el silencio se hizo más profundo a medida que soltaba mis palabras...—Fue entonces cuando supe que nada cambia, que todo permanece inalterable, un destino está ligado al siguiente, que un hilo, rojo como la sangre, entrelaza nuestros actos... (Nota de voz. Sábado 10 de Abril de 2021)

Meses antes de nuestro último encuentro, me confesó que no tenía miedo de morir. Celebraba cada instante de su vida y la de quienes la rodeaban, pero también honraba a la muerte, la consideraba precisa y fundamental e inevitablemente debía de suceder. Insistía en que la vida y la muerte eran el mismo punto de partida, como un círculo que contiene nudos, nudos que uno no era capaz de desatar, pero que a veces éstos se podían cortar. Siempre en esa parte del relato, daba tiempo al suspenso, como si la palabra misma al pronunciarla le despertara heridas imposibles de curar. Decía que éramos seres cíclicos, naciendo en el mismo instante en que moríamos, que el destino es la encarnación del deseo del alma por crecer. Cuando hablaba de esa manera, otro ser parecía apoderarse de ella, era como si algo dentro suyo la arrastrara desde el centro, como el hambre que no puede saciarse. Narraba historias espeluznantes, historias que habían sido transmitidas por su familia a través del tiempo, historias sobre la chacra donde se había criado, de su ciudad y su gente. El tiempo

se sumía en una lentitud envidiable a su lado. Recuerdo que siempre me repetía, como un mantra, que todo se perdona pero que nada se olvida.

La tarde del 06 de Mayo del mismo año, sus ojos dejaron de brillar. El silencio hizo un eco estrepitoso en mis recuerdos. Su perfume deambulaba en círculos sin diagramas por entre las paredes de mi habitación. El Sol no se atrevió a traspasar las densas nubes, y el viento, esta vez no sopló. Visité las sombras de su olvido solo dos veces. La primera vez, me dijo que venía de la chacra, su querida chacra. El aroma a manzanas rojas penetraba mis pensamientos. Al igual que su risa, fugaz e intensa. Recuerdo, no las palabras que mencionó en aquel momento, sino su rostro, tan nítido y brillante. Desperté sintiendo una angustia asfixiante. Entendí que hay un vórtice del destino alrededor nuestro que crece con cada una de nuestras elecciones, acercándonos más hacia nuestro futuro. Ella había llegado a su vórtice. Injusto era honrarla abandonandome en la soledad de su olvido. No lloré. La segunda y última vez que nos volvimos a encontrar, sus pasos formaban laberintos dentro de mis ojos, y su sonrisa era profunda, y maternal. Tomó mis manos entre las suyas y las llevó a su vientre cálido, latente. De su boca dejó escapar las mismas palabras de siempre, algo así como un "somos seres cíclicos, recuérdalo cada vez que me mires...".

Era necesario soltar todas las emociones que me ahogaban. Caminé hasta llegar a la vera del río. La profunda claridad del agua vaciaba mis pensamientos por completo. El sendero que dejaban los cisnes a contracorriente, dibujaba figuras ante mis ojos, trazos jamás respetados que, inconclusos por momentos, me mostraban futuros que ya sucedían con anticipación. En ellos, siempre estaba ella. Perdí de las horas, su tiempo. Mis ojos desconcertados observaron a lo lejos columnas de humo, que me indicaban la prontitud inexorable del regreso. Zigzagueante, como si la embriaguez de las palabras arrojadas y del desconsuelo hubiesen generado una herida por debajo de la cicatriz, crucé la ruta, veloz e imperceptible. Abatida pero más aún confundida, lancé certeras blasfemias al aire. Testigo de mis pecados fueron las oxidadas sombras de quien conducía el tren de cargas, los niños que cabalgaban en caballos azules y dragones sin fuego, la pasión de dos amantes insolentes.

Giré absurda sobre mis pies. Miré hacia el cielo y destrocé mi corazón una última vez. Jamás mencioné la herida que su pérdida me dejó. Atesoré como quien guarda un secreto poco intrascendente como para ser revelado. Veintitrés días después, mi cuerpo comenzó a despertar. Sentía náuseas, incomprensión, me sumía en silencios nunca antes pronunciados. El recordarla me atravesaba el pecho, su nombre invadía mi nombre, y me era imposible dejarla de pronunciar. Una semana después

de ayer, comprendí el significado de aquellas, sus últimas palabras. Un lazo invisible se gestaba dentro mío. Un lazo imposible de cortar.

Algunas noches, ella me visita en sueños y tira lenta pero firmemente de él. Despierto sobresaltada sabiendo que nada deja de ser, que todo permanece como un ciclo de nunca acabar. Ella tenía razón. Ella habita en mí.

CIPOLLETTI LA BITÁCORA DE LA INFANCIA

Marina Soledad Blanco

Recorro la bitácora de la infancia dónde Cipolletti ocupa la primer portada.

Lugar de encuentro, con alma de pueblo donde las manzanas y las peras decoran los paisajes de ensueño.

Los trabajadores de las chacras con sus manos recolectan los frutos que en sus ramas abriga la arboleda.

Acuarelas en el aire, sol naciente valletano da calor y abrigo a los hijos herederos del trabajo.

La llegada de inmigrantes va cubriendo el lugar, ¿Cuántas vivencias y sueños alojan? ¿Qué futuro el viento traerá?

Casitas de adobe, cocina de barro a leña darán cobijo a los vecinos cipoleños.

SILENCIO MUNDIAL

Juan Pablo Quintana

Leonardo lo miraba a Ramón, su padre, con esa angustia que se dan sólo en esos momentos, en circunstancias especiales. Ramón llevaba quince días internado por una infección pulmonar. Leonardo fue todas las noches a cuidarlo. Hacía algo más de ocho meses que no lo reconocía. Ramón sufría Alzheimer y tenía cada vez menos momentos de lucidez. Leonardo mientras lo miraba en ese cuarto de hospital público sabía que a su padre no le quedaba mucho tiempo. Desde chico le han enseñado que la muerte es la puerta hacia otra vida. Él prefiere repetir esa historia de creyente ferviente, aunque en su interior no cree en nada. Para Leonardo la vida se apaga como se apaga el televisor en un corte de luz. Leonardo está muerto de miedo.

No le sacaba la vista de encima, observaba cada detalle, cada uno de esos tubitos, ese olor sui generis que sólo se siente en los hospitales, se impregnaba en su nariz. Él sabía que lo acompañaría por varias horas e incluso mucho tiempo después de abandonar ese cuarto donde su padre luchaba por su vida. Ese olor a hospital, ese aroma horrible de mezcla de medicamentos. Si a toda esa sensación le sumás la angustia y el miedo el combo es tremendo.

Cómo sería su vida sin Ramón y eso que él tenía claro que hacía rato ya no era ese padre fuerte que guardaba en el recuerdo. Le daba miedo imaginarse que ya no estaría más esa persona que le había construido el mundo, es que cuando uno es chico tu padre te va construyendo las esquinas, las calles, todo. Ya no iba a estar aquel que le marcó un camino, que le enseñó que en la vida había que hacerse cargo (de lo bueno y de lo malo), el que le transmitió la paciencia para ganar una buena partida de ajedrez y, claro, la pasión por el fútbol.

No se animaba a recordar aquellos momentos porque sabía que los ojos iban a comenzar a desenfocar y luego terminaría quebrándose. Su mayor miedo era que su padre se despierte, lo reconozca y lo vea llorando ahí a su lado. Paradójicamente también esa era su mayor esperanza.

En ese momento comienza a escuchar la lluvia, el ruido en las chapas del techo lo hacen confirmar que el hombre del pronóstico que hablaba en la radio cuando él se acercaba al hospital en su auto tenía razón. Se acercó a la ventana para mirar la lluvia. Desde chico le gustaba observar cómo la lluvia penetraba cada lugar.

—No sabés lo que fue eso, Leito.

Leito se fue dando vuelta muy despacio para no romper el hechizo. Mira a su padre sin poder creerlo. Se quedó inmóvil como las liebres en la ruta cuando viene un camión de frente. Respiró profundo y casi con un suspiro, despacio, como quien habla con temor de apagar una vela en una noche sin luz le dijo:

—¿Me hablaste, papá?

—Sí, Leito, no sabés lo que fue ese partido. La cancha explotaba y no te imaginás lo que fueron esos penales. Yo estaba en la segunda bandeja del Estadio Lusail y pasó algo muy raro y eso es lo que te quiero contar, ¿Me estás escuchando?

Leonardo se movía sigilosamente. El corazón le daba puñetazos, no latidos. Estaba muerto de miedo... estaba a segundos de afrontar el momento más difícil de su vida con una valentía admirable.

—Sí, viejo, acá estoy.

—Fue una tarde inolvidable, habíamos empatado contra los pampeanos de local y te juro hijo que sólo se escuchaba el relato de Cadelago, el periodista de LU 19. Fue el silencio más hermoso de mi vida. Éramos miles que respiramos al unísono... Omar Perales le pegó un derechazo fortísimo, la pelota pegó en el palo, entró y fue una explosión extraordinaria. Te debe costar entenderme porque es difícil explicarlo con palabras, pero fue un silencio extraordinario, extraordinario, hijo...

No volvió a articular palabra. Todo lo que tenía para decir ya lo había dicho... y se hizo silencio en todo el mundo.

MI BARRIO

Carlos Alberto Alfaro

El primer satélite artificial de la historia se desintegra en el espacio, Ángelo Giuseppe Roncalli es elegido papa, y adopta el nombre de Juan XXIII, y Arturo Frondizi llega a la presidencia, por aquellos días, nos mudamos al centro, a la ciudad, al pueblo, vivíamos en el barrio Godoy, lejos del centro, allá donde sólo llegaba la calle infinita, "La Esmeralda".

De aquel barrio periférico, ¡al centro!, ¡al centro!, la iglesia principal "La Sagrada Familia", la iglesia chica en la esquina, allí se habían casado mamá y papá 4 de Junio del 1959, yo ya tenía 7 años y los acompañe, en la otra cuadra, el supermercado, Cooperativa 12 de Octubre, en frente, la escuela Nro. 53, después de la bocacalle, el peluquero Loso, la pensión "La Fama", de doña Sofía, el conventillo donde vivía, Toba, Romero y nosotros, al frente un local de venta de garrafas de Bonotti, luego el almacén, La Campanita de Klein, El peluquero Ricci, la escribanía Verdum, el mercado de "Bonotti", en frente el Círculo Italiano, la librería de Puente, a la vuelta un galpón de empaque, "Cernaz", la bicicletería de "Scorolli" en la otra cuadra, el abuelo Mujica, la tienda Del Barrio, Casa Arigón ; ese era mundo de un niño de siete u ocho años.

La escuela Nro. 53, la escuela grande, ocupaba una manzana completa, entre las calles Gral. Roca Italia, Sarmiento e Irigoyen, a la izquierda el mástil, la casa del portero a la izquierda, familia Muñoz, a la derecha, la casa del director Marcelino, atrás había una casa que en algún momento fue una cocina o algo así, el patio era inmenso, con una campana entre las dos alas de la construcción.

Desde el portón de alambre, hasta el portal de la escuela, subiendo tres escalones, habría unos 20 metros, un gran patio interior, donde formábamos los chicos de cada turno, frente a nosotros un escenario muy grande y sobre él, arriba un cuadro muy grande del Gral. San Martín, los Andes de fondo, un poncho al hombro y su rostro adusto y nariz aguileña, nos decían las maestras, a los costados del escenario , dos pasillos con aulas y un patio interno, el patio era muy grande, los chicos jugábamos a la mancha con la cuerda las nenas, cada uno en ese mundo Cantábamos Aurora mientras se izaba la bandera, un solo grito, con ganas, con orgullo, con fervor, mientras entrábamos a clase.

A la salida, formábamos en ese patio interior, nos despedía el director y salíamos a la calle cantando "Mi Bandera", donde los padres esperaban a

sus chicos y los que vivíamos cerca, no íbamos caminando a nuestra casa.

Al frente, la iglesia grande, que estaba en construcción, el resto de la manzana, un yuyal nada de nada, solo las dos construcciones, las dos iglesias.

Algo que no olvidare jamás, fue haber hecho un dibujo de un gato, lo más grande que me daban los brazos, con forma de ocho, una cola, orejas dos (triángulos) y bigotes, hermoso ¡Esta obra de arte la hice con carbón, sobre una pared "color amarillo escuela"! Todo venía bien, los chicos que me rodeaban festejaban la idea y hacían comentarios, que lindo y bla bla...

Toca la campana, que está atrás en el patio grande, todos a clase, de pronto, la maestra me dice que vaya a la dirección, que la directora, la Sra. de Gotelli, la señora era de apellido Gregores, pero se decía así, Sra., de Gotelli me recibe y me pregunta: "si había sido yo, quien, había hecho el dibujo en la pared": dije que sí, y sin mediar palabras me mandó a buscar un balde y un trapo para limpiar lo que había hecho.

Así fue que en el recreo rodeados de los mismos chicos que alababan mi trabajo, ahora se burlaban, se reían, mientras limpiaba la pared, en realidad quedaba más prolijo el gato que el manchón negro que quedo luego de limpiar; no termina ahí la historia, me ponen de plantón detrás del portal, una de las hojas de la puerta de la escuela, donde se forma como un triángulo con la pared; se fueron todos los chicos, cambio de turno y aparece mi mama a buscarme. De todo, me retaron unos cuantos gritos y todo quedó ahí.

Estuve dos años en "La 53" y me fui cuando terminé segundo grado. Nos mudamos a la calle Reconquista al 400, a tres cuadras de Alem por Miguel Muñoz.

Para venir a la escuela lo hacía en la bicicleta chica, la verde, todos los días iba y venía, la salida de la escuela era muy divertida, nos saludábamos a los gritos, no decíamos cosas de vereda a vereda, hasta que un día, le pego un frentazo a un camión que estaba estacionado, esto fue casi llegando a Alem, por calle Italia después del supermercado "MMM".

Un desastre, el guardapolvo manchado de sangre, los chicos que se juntaban para ver qué había pasado, hasta que un señor que vivía justo en frente, de apellido Herzig me sube con bici y todo a su Jeep y me lleva a mi casa, llegamos, mi mamá un, solo gritó; de allí al hospital, unos puntos y devuelta a casa.

Esta no fue la única vez que fui al hospital, en otra oportunidad, estábamos todos alrededor de un tronco, sobre él, un chico "Jorge Rey", que estaba contando hasta veinte, vaya a saber para qué juego, alguien lo empuja cae sobre mí, con su boca me lastima la cabeza, se rompe un diente, y yo otra

vez a mi casa con un punto.

Una de las cosas que veía en los pasillos del hospital, un poco más allá de la enfermería, era un aparato rarísimo, parecía un tambor, un tanque o algo así. Tenía unas ventanas circulares, serían para mirar algo en su interior.

Cuando comenté esto en casa mi papá me dice que ese "aparato" es un pulmón, que había sido utilizado años antes, año 1956, en niños que sufrieron poliomielitis y que se trataba de un respirador mecánico.

En ese mismo pasillo hacíamos cola los chicos para ser vacunados contra la polio y otras pestes que, habitualmente afectaban a niños.

Con los años los que habíamos sido los niños de entonces también escribimos parte de la historia de nuestro pueblo, y no nos dimos cuenta y para nuestros mayores, pasó desapercibido.

LOS DOMINGOS

Sergio Daniel Kristensen

“¿Te gustaría ir a dar una vuelta al pueblo mañana y de paso tomar un helado?”

Mi respuesta era más que obvia. Un sí GRANDOTE, un sí del tamaño de una planta grande de manzanas deliciosas como las que teníamos en la chacra.

“Pero para ir conmigo tenés que bañarte y perfumarte. Decile a la tía Eva que mañana te ayude”.

La mañana del Domingo se hacía larguísima. No había juego que me distrajera. Yo era el único niño en la chacra en una familia de 10 adultos. No había otros chicos de mi edad con quien jugar en las cercanías, así que los adultos tenían que aguantarme. Para la hora del almuerzo yo ya tenía cansada a media familia preguntándoles la hora y a que hora mi tío y yo íbamos a ir al pueblo.

Luego del almuerzo venía la obligada siesta de verano y luego de ésta, mi vieja tía-abuela me metía en el lavadero, no en el baño donde estaba la bañera.

“Estás tan sucio y lleno de tierra que vas a tapar las cañerías de la bañera. Mejor te lavo en el lavadero en la pileta de lavar la ropa”.

Ésta era una vieja pileta de cemento de un tamaño considerable. Allí era sometido a la mano dura de la tía que me fregaba y rasqueteaba la mugre como si estuviera pelando un chanco. (Pienso que uso la expresión “pelando un chanco” con autoridad. En la chacra siempre se carneaban cerdos en el otoño y toda la familia, incluido yo, participaba de la tarea de faenar , quitar el pelo/las cerdas/rasquetear, y preparar la carne). Cuando la tía consideraba que había terminado la tarea de lavarme, me hacía vestirme y luego me ponía “agua de zorrino” (una loción de lavanda), yo me calzaba unos zapatos recién lustrados y ya estaba listo para la partida.

La ida al pueblo en la moto de mi tío estaba sincronizada, en la medida de lo posible, con la pasada del camión regador que los domingos de verano regaba la calle que iba del pueblo hasta el cementerio.

En esa época la gente acostumbraba llevar flores a los familiares difuntos los días domingo y por eso era que se regaba la calle. Desde nuestra chacra hasta el cementerio teníamos como tres kilómetros de camino enripiado, sin regar, pero, afortunadamente, no había mucho tráfico en ese trayecto y por consiguiente había poco polvo.

Polvo en verano había por todos lados. El casco urbano de Cipolletti estaba sin asfaltar y el camión regador pasaba varias veces al día regando las calles enmarcadas entre las calles Fernández Oro, Mengelle, Alem y Brentana.

En cuanto llegábamos al casco urbano yo en mi fantasía comenzaba a saborear el helado que degustaría pronto. Pero..., iluso de mí!, todavía pasaría un buen tiempo antes de que eso se concretara.

Hoy con la distancia de los años y la experiencia de vida me parece que la invitación de mi tío de ir a Cipolletti a tomar un helado tenía un doble propósito. Por un lado mimarme un poco, y por el otro usarme de señuelo. Explico:

El helado me lo tomaría en la confitería de Zoia, luego de las consabidas 50 vueltas del perro (quizás eran menos vueltas pero se sentían como muchas cuando yo me moría de ganas de bajarme de la moto de inmediato a tomar el helado). Las vueltas eran por calle Roca doblando a la derecha en Villegas, doblando nuevamente a la derecha en Yrigoyen y doblando a la derecha una vez más en Sarmiento, o en el sentido inverso ya que las calles eran de doble mano en ese tiempo.

La cantidad de vueltas que dábamos en la moto dependía de lo que el flaco, mi tío, veía (chicas) caminando o yendo a la confitería de Zoia. A partir del "fichaje" las vueltas que dábamos eran solamente alrededor de la plaza. Recién cuando las chicas se sentaban a tomar algo mi tío estacionaba la moto frente a la confitería. Paso siguiente: sentarse estratégicamente bien ubicados en relación al área de interés de mi tío. Pedíamos un helado de dos sabores para mí y un cortado para él.

Mientras esperábamos el pedido, mirábamos la gente vestida de domingo dando vueltas por la plaza. Veíamos pasar algunas personas que iban o venían del cine Español (que estaba en la calle España, frente a la plaza), y, lógicamente mi tío comenzaba a charlar con las chicas de la(s) mesa(s) vecinas.

A menudo la charla comenzaba en torno a mi persona y lo que mi tío "hacía" por mí (traerme de la chacra al pueblo a tomar un helado). De allí la charla derivaba a otras cosas, y, si la conversación de mi tío iba bien, yo podía tener la suerte de que el flaco me comprase dos y hasta tres helados!

No recuerdo con exactitud, pero supongo que luego de un par de horas en la confitería de Zoia, los helados, las charlas de mi tío con las chicas y las muchas vueltas dadas por el centro era hora de volver a la chacra. El regreso era mucho más rápido que la ida al pueblo. No era importante llegar a la chacra limpios, sin polvo y perfumados. Sino llegar a tiempo

para una cena temprana, como se acostumbraba comer en la familia.

Sentados a la mesa, cenando, iluminados por el farol "Sol de Noche", las conversaciones de los adultos giraban en torno al riego, la fruta, manzanos, perales, viñedos, abonos y cosas ligadas a la producción y el bienestar de la familia. La conversación seguía en esos rumbos hasta que mi abuela cambiaba el tema. "a ver corazón decime te gustó la ida al pueblo? ¿Tomaste mucho helado? ¿Jugaste con alguien? ¿Querés ir otra vez?".

Mi respuesta era matizada con un sí a la primera pregunta, un no a la segunda, un si/no a la tercera y un sí grandote a la cuarta acompañado de una frase enfática: SIEMPRE QUIERO IR AL PUEBLO, AMO CIPOLLETTI!

LA CANILLA

Teresa Alicia Gómez

Cipolletti, más precisamente barrio "SAN PABLO". Corría el año 1949 cuando mis padres compraron un terreno al chacarero don PABLO SCIANCA, y construyeron una casita.

Todo eran manzanos, durazneros, y hasta vid, en el año 1953 un día 17 de marzo nació en este bello lugar.

Fui creciendo y por muchos años más disfruté de los frutos de estas plantas; y de las acequias que surcaban las veredas del incipiente caserío que día a día crecía en construcciones de casas.

Al principio todos íbamos, incluidos los alumnos, porteros y maestros de la escuela N° 33 a proveernos de agua potable a una canilla, que estaba instalada en el corazón del populoso barrio, o sea en la esquina de calles Roca y Uruguay.

Recuerdo que en las tardecitas de los días lindos, era punto de charlas interminables entre vecinos que a su tiempo cada uno llenaba su recipiente.

Con casi cinco años de edad junto a mi hermano Julio traíamos agua en un balde de LATÓN grande, papi había cortado un palo y lo atravesábamos en la manija, cada uno de las puntas acarreábamos el agua y la vertíamos en un tambor, que hacía las veces de aljibe, cuya agua se usaba para distintos quehaceres domésticos.

Nuestra canilla también prestó servicios a nosotros los niños, ya que para los carnavales estábamos los del barrio y se venían de otros más cercanos como los del barrio "SANTA CLARA" y "VILLA ALICIA", peleábamos para poder llenar las bombitas de agua multicolores y salir a la guerra, pero también muchas veces quedábamos con la cara larga porque los trabajadores del galpón GATO NEGRO y la COLMENA no nos dejaban lugar porque ellos también jugaban al carnaval.

Llegado el invierno era todo un tema, ya que el caño por donde surtía agua se congelaba. Recuerdo un día que una vecina llegó con la pava de agua caliente y la tiró sobre la canilla, ésta reventó y se hizo un lagunon.

Fue así que los vecinos decidieron hacer una pared para revestir y protegerla del frío y las heladas que por esos años eran tremendas.

Como el barrio fue creciendo en cantidad de casas, fue necesario traer más comodidad. Así llegó la instalación de la red de agua domiciliaria.

Ya casi olvidada y en desuso, nuestra bella y reluciente canilla de bronce un día desapareció.

Como todo aquello que se guarda y se aprecia como un tesoro, nunca permitimos que nos retiren esa mampostería que por años protegió a la canilla, que fue tan necesaria y útil para la vecindad. Hoy solo queda en pie esa construcción, la que fue declarada patrimonio histórico del barrio "SAN PABLO".

Este pedacito de historia, forma parte de mi existencia y actualmente sigo viviendo en el mismo lugar en el que nací y si algo extraño de aquella época es nuestra canilla y los árboles que crecían en cada frente de nuestros hogares y que tanta sombra nos brindaban.

EL ELEGIDO

Fabio Alejandro Parceró

No sé exactamente cuándo comenzó, pero hay una historia desde hace muchos años que se repite, se repite y vuelve a repetirse en mi mente. Es la misma que, con dispar frecuencia, escucho en algunos conocidos lugares cipoleños, frecuentados por los mayores.

Vaya uno a saber por qué, pero según dicen por ahí, hace más de ciento veinte años que ese relato se viene contando con una enigmática particularidad, siempre fue narrado durante la primera noche de luna llena.

Con cierto grado de misterio, el ocasional responsable de la exposición, habitualmente intenta seducir al resto, sabiendo de antemano que, entre los participantes y como es de esperar, hay escépticos que intentarán, al menos, sembrar la duda en el resto, descreyendo a todos los ancestros que han contado la historia, pretendiendo así, imponer la idea que solo se trata de un simpático mito, haciendo llover en el ambiente, adjetivos calificativos devenidos en chicanas que, como guirnaldas de fuego se posaron sobre los contendientes para elevar la discusión a lugares insospechados.

En una oportunidad, la persona que llevaba la voz del relato, fue quién hasta la fecha, demostró con inmejorables palabras, que no se trata simplemente de una leyenda impulsada por la imaginación de un pueblo para que viaje a través del tiempo. Este buen vecino, nunca nada deja librado al azar, por lo que se percató rápidamente que, en una mesa contigua a su improvisada audiencia, me encontraba yo, totalmente hipnotizado por su decir e intentando, en vano, disimular mi interés jugando torpemente con el pocillo de café. Juancito lo llaman sus pares, para mí, siempre será Don Juan, quién volvió sobre sus pasos y mirándome firmemente a los ojos, palabras más, palabras menos, me dijo: "Vea m'hijito, escuche y aprenda para cuando yo no esté, cada cincuenta años ¿Escuchó bien? ¡Dije cada cincuenta años! En el Alto Valle, luego que la floración transforme a la totalidad de nuestro frutales, un legendario e inmortal hornero, al que se lo puede reconocer fácilmente por la intensidad del color de su plumaje y del sonido de su trinar, tendrá la importantísima tarea de elegir a una única persona para cumplir un mandato y, que para poder llevarlo a cabo, quien sea escogida, deberá deambular la ciudad y alrededores, llevando consigo además de características de sana libertad, un mensaje lleno de valores y buenas acciones pudiendo predicar, únicamente, con el ejemplo. De esta forma, se podrán preservar y a su vez divulgar, los valores y acciones que caracterizaron desde siempre, al buen cipoleño. Una vez cumplida

la misión, el hornero le encargará al elegido, una tarea de superior valía". Dicho esto, se produjo un silencio de puñal. Mi respiración se detuvo. Solo escuchaba el retumbar de mis acelerados latidos en el pecho y en mis oídos. Finalmente, al cabo de unos segundos, un juego de miradas cómplices, cerró místicamente el tema. Mientras bebía el último sorbo de café, reflexionaba: no sé cómo, pero Don Juan, lo volvió a hacer. Nos dejó a todos dentro de la historia.

Cerraba la noche llegando a casa con el relato en la cabeza, me di cuenta que siempre pero siempre, se habla y discute tanto del elegido, como del hornero y la veracidad o no del relato, pero nunca hubo una definición sobre la persona, entonces ¿Quién será el elegido que lleva esa enorme tarea por estos años?

Durante una fresca noche de otoño, mientras aguardaba la salida del albinegro a desplegar su fútbol en la Visera y a punto de que mi estómago se rindiera ante el seductor aroma que envuelve al puesto de hamburguesas, comienzo a desanudar el enigma. Entretanto, algunos distraídos saludaban hacia la cabina de transmisión, otros se deleitaban escuchando entonar a la Barra ¿Y yo? Yo, me concentraba aguzando mis oídos para captar las frases pronunciadas por los que saben, los poseedores de gorras de paño y bufanda. Fueron ellos, quienes develaron el misterio, estaban allí, al alcance de todos, pero pareciera que, ante las imberbes miradas, el paso de los años los vuelve invisibles. Ellos se encontraban reunidos, con la primera luna llena del mes como testigo, susurrando sobre la historia y de repente escucho un nombre... ¿Samuel? Me pregunté. La ansiedad pudo más, por lo que giré inmediatamente en mi butaca e interpele al grupo.

—Perdón que interrumpa el concilio, pero ¿Quién es Samuel?

Y fue don Greco, un chacarero que jamás perdió las esperanzas, quién recogió el guante:

—Muchachito, Chipi, se llama Samuel. Es ese hombre que se la pasa caminando de acá para allá, ¿viste? Respondió con grandilocuentes gestos, para hacerse entender mejor.

Luego de agradecerle, mientras apoyaba mi espalda nuevamente en la butaca, en mi mente todo se volvía razonable. Aprendí que en la vida, siempre hay que estar atento a lo que sucede, porque ahí está la verdad y sin dudas, entendí la conducta tan particular del delgado caminante, portador de una larguísima figura, con su calva cubierta durante los gélidos inviernos y sus canillitas al viento, como salido de aquel cuento de Florencio Sánchez.

Chipi, a paso firme y con envidiable decisión, nunca mira hacia atrás y aunque se desplace sigilosamente, jamás pasará desapercibido en las

callecitas cipoleñas.

Hoy está vestido con un par de zapatillas nuevas y mañana usará un andrajoso calzado. Él, es así. La camiseta de Cipo, es un clásico innegociable en su vestuario.

Siempre bien afeitado, lo he visto raudo en su andar, cruzando el Puente Carretero hacia Neuquén. Por Circunvalación hacia "El 30". Por la ruta 151, camino a Cinco Saltos y una grata sorpresa me dio, aquella vez que lo vi recorriendo las calles de mi barrio.

En sus desplazamientos, distingo libertad. Sí, en ese constante ir y venir, siempre percibo aires de libertad. Es una persona sin ataduras que cuando pasa delante de mis ojos, de inmediato un pájaro de a pie esboza mi mente y una tierna sonrisa dibuja mis labios.

No necesita tener ojos exageradamente grandes para expresarse, de hecho, son pequeños y bien redondos. Se vuelven chispeantes y aniñados, cuando detiene su marcha en la calle para pedir, sin embargo, mientras se traslada, por lo general con un gesto adusto, su mirada encierra un halo de misterio, debatida entre perdida y angustiada, envuelta en un ahogo por querer decir y no poder.

Con dos sencillas consignas, encontró la solución al pedido del hornero: "Tío, ¿me das un pucho?" o "¿Tenés dos pesitos para los puchos?" Y así, con esas simples, pero eficaces armas, se dedicó a esparcir valores, porque lo solicitará siempre con la mayor amabilidad posible y si llegaras a responder que no tenés cigarrillos o billetes, lejos de enojarse o insistir, seguidamente él, te dará la misma cantidad que te había solicitado, mientras, te aconsejará como un padre: "no se debe andar sin plata, eh?" Pero cuidado, solo se trata de un préstamo, porque al retirarse, mirando sostenidamente a tus ojos, dirá: "cuando tengas, me lo devolves".

Jamás regaló demasiadas sonrisas. Quizás, porque no lo necesita. Chipi, siempre obsequia buenas acciones a la gente que, en ocasiones, ni conoce y en cierta forma emulando a Robin Hood, le pide al que tiene, para darle a quién le falte.

Cruzaba las calles sin mirar, como si el sentido de su vida, se encontrara invariablemente en el siguiente paso, hasta que, en una encrucijada, el hornero con su llamado lo invitó a surcar el cielo, gambetear nubes y descansar un poco, para luego enfrentar los nuevos desafíos prometidos.

Y sí, quizás por no descubrir con cierta antelación, al señalado por el hornero, mi boca quedó con poco sabor a Chipi, no sé si enojarme con el hornero o entenderlo, reclamarle a la vida o aceptarla. Como sea, una triste certeza me invade devenida en un ahogo que acecha a mi garganta, porque con el correr de los años, los pintorescos personajes cipoleños,

en definitiva, los hacedores de épocas en esta ciudad, irremediablemente ralentizan la marcha hasta detenerse en alguna esquina olvidada.

Bien, ahora que él ya no está acá, que estamos solo vos y yo, queriendo ambos saber cuál fue la nueva decisión del hornero, te pregunto ¿Tenés un pucho...?

LEONOR

Pablo Ramón

Leonor, ochenta y cinco años de historia viva en carne y memoria.

Por razones mayores a mi persona, pocas son las ocasiones en las cuales puedo darme el gusto de sentarme a escucharla.

Mates en mano, en la profunda oscuridad del comedor de su casa, la cara se le ilumina recordando el pasado.

De vez en cuando, entre los árboles de níspero, entra un mínimo rayo de luz que le apunta el rostro, y ella se llena de vida en la actuación de su monólogo historicista.

Ella relata momentos pasados del campo cuando era niña.

Domas de caballos, sus tíos viajando por Neuquén, el almacén.

Su abuela, mítica mujer que cantaba y tocaba la guitarra a quienes andaban de paso.

Por lo que me dice, su abuela era una mujer fuerte que no dejaba que nadie le imponga nada que ella no quisiera, salvo las insinuaciones del tabaco negro y la ginebra.

Por momentos, quiere acordarse de su madre, pero sus ojos rápidamente se cristalizan.

No puede recordar muchas cosas de ella, más que las historias que su abuela le contaba.

En cierto sentido, muy relativo, a mí me sucede lo mismo.

Otras veces su mente viaja hasta el destierro, cuando es arrancada de su primer hogar y traída al Alto Valle por alguien a quien no conocía.

Mi abuela siempre fue una mujer heroica, no tardó mucho en decidir escapar de allí.

A los once años se fue de la chacra donde la habían llevado a trabajar y comenzó a trabajar como empleada doméstica.

A Leonor siempre le gustaron las fiestas, la música y los bailes.

No había fin de semana que no escuchara el eco de las ramadas y se preparaba para ir a danzar y llenar su boca de vino morado.

Seguramente, me imagino, ella bailarían con toda su belleza aborigen a la luz de las Lunas de la pasión, sin restringirse ningún sentimiento.

Nunca le importó "el qué dirán" de las chusmas del barrio.

Fue así que la negrita del barrio se enamoró una y mil noches.

Se animó al amor de dos hermanos de los que conservo el recuerdo de sus hijos.

Fue allí que nuevamente tuvo que volver a la tierra del exilio.
Escondida en medio del campo (aproximadamente en la zona de Fiske Menuco —Gral. Roca— fue que con sus dos niñas y en el vientre mi padre, tuvo que esconderse para que no le sean arrebatados.
Fue un invierno duro en el Valle, pero la primavera llegó y con ella, el llanto del nacimiento de Mario (mi viejo).
El tiempo entonces fue más tolerable y pudieron volver a Cinco Saltos.
No se cual es su apego real con este lugar, ella anduvo y recorrió muchos paisajes, pero siempre dice que este es su hogar.
Ella siente y afirma que éste es su hogar.
El mate continúa pasando de mano en mano y las historias también.
Hoy recordé a mi tía.
A Rosa le encantaba cocinar, y sus platos eran los mejores.
Tenían el sabor justo para regalarte una emoción que te hiciera llorar.
Yo la recuerdo con sus ojos grandes y su largo pelo negro como la noche.
Mi abuela siempre recuerda que Rosa sufrió mucho toda su vida; la muerte de su hijo, su ira recurrente, el miedo a la gente.
La muerte de Luisito fue lo más doloroso para ella, pero también para mi abuela y mi viejo.
Luisito era la oveja negra, no estudiaba pero vivía inventando su vida de forma ambulante.
Viajero, soñador, tan lleno de vida que su corazón no lo resistió.
Recuerdo, que yo tenía dos años, y creo que es mi primer recuerdo.
Fue la única vez que vi abrazarse a mi abuela y mi viejo, ambos lloraban desconsolados.
Bajo la luz ocre del foco reflectado sobre el machimbre, incorpore el primer conocimiento, la pérdida.
Leonor habla, mira, escucha, toca.
Ella siente la vida en el profundo mar de sus arrugas, que esconden miles de historias.
Es bueno saber que aquella persona que me cuidó y me enseñó tantas cosas sea una mujer con tanto coraje y tantas historias.
Leonor, se llena de luz cuando abre el libro de sus memorias y vuelve a pasear por las grietas del tiempo.

UN RELATO PARA MI CIUDAD

Sebastián Quesada Fernández

Varios pies pasaron por tus tierras, desde pueblos originarios hasta generales con zapatos de roca que solo querían formar una nación. Hasta que finalmente el 3 de octubre de 1903 un general cubierto por oro tocó tu corazón, nacería una ciudad que no tardaría en ser una de la más grandes de la provincia de Río Negro. No tardarías mucho en tener tu propio plantel de fútbol que lograría el sueño de cualquier hincha de poder jugar en primera, logrando así ser uno de los pocos clubes de la provincia en llegar hasta lo más alto del fútbol de nuestro país. No solo eso sino que el mismísimo "Dios" en persona pisó la visera viendo así a los jugadores entrenar. Fuera de lo deportivo también lograste destacarte por tu fruto secreto, tus hermosas vistas desde lo más alto del valle y tus deslumbrantes ríos, paisajes y climas envidiables. Lamentablemente no todo es color de rosas y al pasar de los años dentro de la ciudad ocurrieron hechos históricos como el cipolletazo o hechos desafortunados como los 2 triples femicidios que hasta el día de hoy siguen ocurriendo.

A pesar de los malos momentos seguís siendo una gran ciudad donde lo único que importa es seguir adelante sin mirar atrás.

EL ÚLTIMO ADIÓS

Ignacio Obredor Ruiz

11 de abril del 2023, 22:35

Hace 4 meses que te fuiste y todavía no logro asumirlo, el peso de lo que no te pude decir me consume, y no es mi culpa ni la tuya es el simple curso de la vida, pero ese egoísmo humano genera pensamientos tales como el querer ir hacia atrás en el tiempo, es imposible, claramente.

Es quizás tan solo la noche que despierta en mí la melancolía recurrente pero que la tomo para poder recordarte. La nostalgia y la memoria se funden en uno solo para tenerte dentro de mi corazón. En estos momentos son los que te das cuenta de la importancia de la memoria para todo, y para todos.

Abuelito querido, que te fuiste y dejaste un camino no solo para mi sino para todos, por las calles se pregunta tu nombre, "¿Que le ha sucedido al Don?" dice Cristian el de la despensa, contesto que te has ido en vida y me devuelve su pésame.

La calle Esmeralda se me hace eterna de caminar, no en sí por su recorrido, sino por las consultas de la gente todos me preguntan "¿Dónde está el Don?", "¿Amaneció hoy de humor el viejo?", "¿Qué pasa que ya no camina por acá?" y el tener que dar la respuesta de tu ausencia me corroe la garganta.

9 de agosto del 2023, 9:30

Salgo a la calle para comprar lo del día, cruzo la avenida Alem para llegar al Rosauer, donde tanto te encantaba pasear arrastrando tus pies y sil el tango de Gardel que solías bailar con la abuela por allá en el 63'.

Otra dura mañana para mí, una vez esparcidos los rumores de tu fallecimiento, ahora por los negocios retumban tus anécdotas, que escucho con atención pero que recibo con tristeza en mi corazón. Pero que tanto hiciste viejito, nadie podía entenderlo, ¿Cómo podría un hombre tender la mano a los demás pero que a cambio lo único que pedía a cambio era un "gracias"? Pero claro, ahora lo recuerdo, tu credo y tu convicción...

"Querido, puede que la maldad de las personas queden marcadas, no lo digo solo por la experiencia, tantos años de terror que hubo, que la

libertad que anhelaba un pueblo parecía casi un privilegio de unos pocos. Pero por más nublado que quedara el cielo no quiere decir que el sol quedó tapado, ¿Qué tanto cuesta querer hacer un poco de bien? Basta esa simple pregunta para saber que no cuesta nada, pero al parecer poca gente se la hace esa pregunta"

Eso me decías después de regalarme el libro de "Funes el memorioso" a los 13 años, en tu convicción la memoria formaba parte necesaria de lo que uno como persona debe construir, recordar aquello que queremos ser, recordar lo que no debemos ser y recordar lo que nadie quiere para cambiarlo.

Que paradójico resulta, cuando una buena persona pisa la tierra ¿Es una rareza de las circunstancias y, por lo tanto, irrepetible? ¿Es así? Será por eso acaso que todos cuando te recuerdan dicen "no habrá otro como el Don" ¿O es porque nadie quiere intentar ser bueno en estos días y es más fácil pasar por alto al otro? Que cuando uno trata de ayudar, por la mente se te cruza ¿Vale la pena? ¿Me lo agradecerán? Y es por eso que pocos prefieren hacerlo. Para vos estaba claro, valía la pena y no debería en tanto haber algún agradecimiento, por eso te recuerdan.

Pero si quiero que te recuerden, no quiero que sea porque fuiste "único" sino porque enseñaste que no tienes porqué ser el único que tiende la mano al otro.

Hay que tener memoria, no solo para recordar aquello que no debe repetirse. Pasamos por la calle Fernández Oro y contemplamos el memorial "Islas Georgias del Sur", recordamos Malvinas. Pero no basta aquel recuerdo, hace falta la actitud y el todos los días mejorar un poco más para hacer entre todos un mejor lugar.

El último mensaje que quería darte, el único mensaje que me quedaba por decirte... Era gracias, por hacerme entender uno de los valores importantes, la memoria y el otro. Pero no pude y no pude saber que me querías decir antes de que te vayas.

2 de enero del 2023, 7:20

Me levanté otra mañana más. Tengo que tomar la pastilla, despertar a mi señora y desayunar junto a ella.

Otra vez este perro me hizo un despelote en el patio para enterrar el huesito, pero igual, como me voy a enojar con Román no hay perro como este.

Y otra vez la discusión rutinaria con la doña:

+ ¡Pero por favor! ¿No querés mejor levantar los pies para caminar en vez de arrastrarlos?

— Ahora no Rosa, además, ¿Para qué? No ves que ya no me da el cuero

+ Bien decís eso, pero ahora al ratito te subís a las sillas a limpiar donde no quedan ni las pulgas

— Bueno, bueno. Ahora calentá la pava para el mate, paso por Margus por unas facturas

Ya no estoy para estos trotes, pero si no me mantengo activo se me cae el cuerpo. Cuando me enteré del fallecimiento de Don Julio, ¡Ay! Me hizo tomar conciencia de mi edad, nunca fue un impedimento, pero hoy ya se nota. Tengo que dar el pésame a tan carismático compañero, espero que la familia todavía esté.

2 de enero del 2023, 16:33

Mi nieto tenía que pasar a verme, si no le cuento aquello no voy a dormir tranquilo. Él también tenía que decirme algo, por no sé qué, mientras venga todo bien.

Por mi parte lo único que me falta por decirle es lo orgulloso que me hace sentir, ya recibido, ayudando con su conocimiento. Pero que también se suelte un poco, no todo lo puede abarcar y lo veo estresado y llegando tarde a las cenas familiares, casi cansado. Todavía es joven para que no se atore tanto con el mundo laboral, mi nieto querido.

2 de enero del 2023, 21:42

+ ¡Te llamo apurada porque el abuelo no reacciona! ¡Vengan ya por favor, creo que fue su corazón!

MÁGICA CONFLUENCIA

Agustín D. Barraza

El sol daba de lleno en nuestras caras, ya casi con los ojos cerrados, como quien conoce el camino de memoria, nos encontrábamos reunidos en lo alto de la barda.

De pronto, aquellos mansos ríos se presentan a nuestra vista, duermen en su cauce con total tranquilidad. Una figura gigantesca, salida de la nada raudamente emprende su vuelo cruzando el cielo. Nos mantenemos estáticos, sin movernos observamos deslumbrados aquellas alas que se alargan enormemente queriendo alcanzar alguna presa.

¡Cómo se nos heló la sangre! sin embargo allí estábamos ante la presencia del águila que por el rabillo de sus ojos intuimos quería mostrar con orgullo su mágica presencia en esta confluencia. El sonido del agua nos vuelve a la realidad, de los nervios reímos y bajamos a beber de ella. Ya nos olvidamos de lo que pasó, eso creo.

Los miro cuando se van, saludando sonrientes, entonces quiero salir de mi cuerpo, volar sobre los cañadones y perderme en este parque franqueado por árboles añosos y de miles de piedras gastadas por el tiempo.

Y me vuelvo a encontrar con su mirada, esa que antes me inundó de temor y ahora me aclara la vida.

EL PASADO

Paula Pérez Britos

Aquí, el pasado es un abismo de arena movediza
en el cual no se podrá caer,
considerando que no quisieras morir ahogado
con arena y lágrimas.

El pasado es melancolía y arena escurridiza,
volátil, que vuela, se te mete
en los ojos, la boca y la garganta
no dejándote divisar lo que vendrá.

El pasado es ése pozo
en el cual no quieres caer,
que te cala hondo
y destruye tu ser.

El pasado no es hoy,
debes soltar,
perdonar,
perdonarte y volver a amar.

BREVES CRÓNICAS CIPOLEÑAS

Cristian Núñez

Hay una esquina de la calle Ceferino Namuncurá —junto al Parque Rosauer— que quita la voz hasta la próxima luna llena a quien se anime a cruzarla cantando o tarareando.

Vecinos han notado que aquellos que se arriesguen a esta calle silbando una melodía o trinando versos —magníficos o desafinados, da igual— perderá la voz hasta el siguiente plenilunio. Esa solemne esquina parece denostar la alegría, envilecer el arte. La gente le teme y evita cruzarla, no vaya a ser que en un descuido no puedan volver charlar o maldecir o llamar por teléfono. Es un duro precio por tan gozosa costumbre.

Un secreto develaremos, sin embargo: luego de la noche con su luna llena redentora, la voz se aclara, el timbre es brillante, la modulación mejora, la sonoridad es armónica. Pagado el precio, hay un resarcimiento, una magia.

Pocos lo han notado, porque no es su vocación el canto. Otros, bueno, andan por ahí deleitando en peñas, reuniones y clubes. Algunos andan por las profundas calles de nuestra querida Cipolletti, esperando que alguna les enseñe a tocar la guitarra, o el piano. Quién sabe.

Hay un tramo de la calle Villegas —entre Urquiza y Reconquista— en cuya vereda trabaja un lustrador de zapatos.

«¿Y qué importa este conocimiento, esta noticia?» consultará alguien apurado por los remates y finales. A esos, informamos que tal caballero de tan noble profesión lustra zapatos, botas y demás calzado mientras el cliente camina. Hemos sido testigos, y escapa a nuestra literatura, referir los pormenores de sus procedimientos. Nos basta relatar y acaso publicitar un servicio poco usual, casi olvidado e inherentemente imposible.

Los resultados los podrán comprobar los mismos que nos apuran los finales y conclusiones. Serán los mismos que no tendrán tiempo de sentarse, porque andan por el mundo preocupados, apurados, impasibles.

Hay una calle Paraguay, en el barrio Almirante Brown, que debe su fama al caso fortuito de la encrucijada: si alguien debe tomar una decisión —banal o importante— una de sus veredas, ignoramos cuál, le dará certidumbre al indeciso; le dará valor al precavido y sosiego al imprudente, quienes podrán tomar las determinaciones correctas.

Sin embargo, el efecto cambia al otro lado de la calle: en la vereda de enfrente al audaz se le da vacilación y al inseguro, certeza. De allí que su

dictamen será una catástrofe.

Nadie sabe cuál cara de la calle lleva al éxito y la fortuna. Hay quienes opinan que tampoco sabemos en realidad para qué tomamos las decisiones ante la vastedad de la vida y sus pormenores. Otros, opinan que la decisión había sido tomada cuando elegiste una de las dos veredas. Y otros aventuran que no importa de

qué lado estemos, nada es correcto o incorrecto categóricamente. Somos seres de dudas y problemas, arrastrados al laberinto. «Habrà un azar» nos dicen algunos, «pero está dentro de nosotros».

Hay una cuadra de la calle 9 de julio, entre Belgrano y 25 de Mayo, con la dicotomía que da la memoria. Si se la recorre hacia atrás —más precisamente de este a oeste— el caminante podrá olvidar algo que esté en su pensamiento en ese instante: un amor, una vergüenza, una culpa. Retroceder por esa calle esos escasos cien metros, borrará esos recuerdos molestos, esas cicatrices en el alma.

Omitiremos moralejas, si caben. Caminar para atrás siempre fue de locos. O de cobardes.

Hay una vereda en la Avenida Alem hacia el norte, cerca de La Chacha, en la que yacen varias baldosas flojas. Pero una en especial es fantástica además de caprichosa. Al descuidado que la pise —siempre y cuando haya llovido— le será salpicada el agua de la aventura: hallará el amor de su vida sin trabas ni complicaciones.

Se han visto jóvenes caminando despacio, pisando fuerte, buscando el ladrillejo favorable. Mujeres entradas en años; muchachones; viejos enamorados bailan y pasan con esperanza y paso firme. Es un lugar muy lindo, la dueña de casa suele poner música para los transeúntes, los municipales nunca arreglan la vereda. Vecinos de otros barrios pasan y saludan y rezan y vuelven a pasar con los zapatos sucios y las botamangas embarradas, felices. Es un lugar muy lindo que la gente cuida y disfruta.

Y cuando no llueve, las matronas riegan con mangueras y baldes la vereda de la vecina. Tampoco es cuestión de que la fortuna haga todo el trabajo.

Hay una calle que, llegando a Teniente Ibañez, conserva —en la vereda sur— una casa antigua y abandonada. A quien lo sorprenda la lluvia en pleno paseo y decida guarecerse en el umbral del pórtico que antecede al caserón, le será otorgado el conocimiento del sentido de la vida. En ese momento lúcido, sabrá la razón y sino de todas las cosas que depararon y depararán sus instantes. Un melancólico y arcano estatuto, sin embargo, habrá de cumplirse: lo revelado en ese momento pleno será olvidado inmediatamente al dejar esta entrada. «Es justo» se pronuncian expertos

pensadores del barrio Brentana «nada se nos da gratis» sentencian después. Eso esperamos nosotros: que el secreto de la vida lo ganemos viviendo, no escondiéndonos de la tormenta en umbrales y rincones del mundo.

NO ANDES DESCALZO

María Fátima Vergara

Nene ponete los zapatos que te vas a enfermar.

Antonio venía de Santa Fe si supieran el calor y la humedad que hace que sentís que el calzado te quema los pies no te pedirán que te pongas los zapatos .

Pero así es vivir en el sur, siempre te dicen abrigate mucho, que te vas a enfermar. La vecina que vive en la Toschi lo retó por no llevar bufanda, Antonio no entiende porque sufren tanto el frío, en Santa Fe ya no existía el invierno.

Cuando llega el viento le trae recuerdos de su ciudad, no puede evitar acordarse de su abuelo, y las charlas en pata sobre la tierra, se siente nostálgico, un poco solo por momentos.

En la escuela le enseñaron las estaciones del año, cuando vino a vivir a Cipolletti entendió como eran, vio nieve en invierno, vio las hojas caer en otoño, vio árboles con flores rosadas en primavera y en verano disfrutó de los lagos con agua helada.

Antonio extraña la ciudad sin estaciones, pero su abuelo ya no está ahí.

En el día de su cumpleaños Antonio pidió no volver a estar triste y entendió que el frío no enferma, solo enferma la tristeza y añoranza de lo que ya no está.

CIPOLLETTI

Dalila Parada

A mis dieciocho años volví a nacer
Me mudé a esta ciudad lejana para poder crecer
De un pequeño pueblo decidí partir,
Y un universo de posibilidades se abrió ante mí.
De la unión de los ríos Limay y Neuquén
Un famoso río se ve florecer
Bordeada de álamos de plata
Denota calidez y sencillez.
Las chacras visten de verde el camino
Para algunos es transitorio,
para otros un destino.
Con sus cuatro estaciones delimitadas,
cada día es peculiar en la tierra valletana.
Una impecable zona de transición,
Que une el mar con las montañas.
Con una amalgama de actividades culturales
Se destaca en la Patagonia,
a pesar de las adversidades.
El agua fue el motor de la confluencia
Y el ferrocarril favoreció la residencia
Se respira paz y armonía
Los rieles hoy decoran la ciclovía.
Un hornero anida en mi ventana
Y su canto vigoroso irradia luz en las mañanas.
Comprendí que había hallado mi lugar.
Ese espacio propicio y acogedor,
que algunos suelen llamar hogar.

DESCUBRIENDO CIPOLLETTI, UN RELATO CONTADO POR UN NIÑO DE 8 AÑOS

Carlos Pirola

Mi nombre es Hugo, nací en 1944 en una pequeña localidad llamada Los Menucos y a los ocho años, mi padre, que era ferroviario, lo trasladan a Cipolletti.

Allí comencé una nueva vida.

Mi padre me explicaba cómo era esta pujante ciudad.

Su importante producción frutícola, su relación con el ferrocarril y las otras localidades. Me costaba entender algunas cosas, sus calles, edificios, y centros culturales.

Poco a poco con la ayuda de mi padre lo pude entender.

El tren era lo más cercano a su frecuencia, los pasajeros que venían, la mayoría eran de Buenos Aires.

De los edificios estaban los de las comunidades españolas, italianas, una en especial era El Prado Español. Entre las visitas de artistas famosos estaban Palito Ortega, Leo Dan.

En las épocas de las inundaciones parte de la ciudad era cubierta por las aguas que provenían del Limay.

El riego de los cultivos se hacía por acequias, algunas todavía hoy existen.

El sistema de riego fue diseñado por el Ingeniero Italiano Cipolletti. Que no solamente lo hizo en Río Negro, también en Mendoza en el año 1889.

Los actos escolares eran tomados con mucha seriedad, se preparaban con anticipación.

Las fiestas patrias, como el 25 de Mayo, 9 de Julio, tenía la presencia del pueblo y las fuerzas armadas.

Los desfiles que eran motivo de reunión y distintos tipos de festejos populares, no faltaron, como así también los bailes típicos, cuecas chilenas, paso doble, tarantelas, una que otra chacarera y zamba, las exhibiciones de caballos, etc.

La memoria de mis años infantiles me traen la emoción de haber vivido esos años con una total felicidad que al día de hoy no me falta contemplando el crecimiento de la ciudad.

LLEGAREMOS PRONTO A CASA

Rocío Belén Agostino

—Arriveremo a casa presto —decía mi padre mientras se unía a la fila para conseguir algo de comida.

—Per la matina, arriveremo al porto dell' Argentina —oí que indicaban unos pasajeros, mientras sentía que había dejado casa atrás, conforme el barco iba avanzando. Perdí el sentido del tiempo, ya no sabía realmente cuántos días llevábamos viajando.

Meses atrás, recibimos una carta de mi tío, contaba cómo era su vida en Argentina, hacía años él trabajaba en las tierras de una familia con chacras, y necesitaban gente que supiera trabajar la tierra.

—Es una buena oportunidad para nuestra familia, para que nuestro hijo tenga otro futuro. Salvatore asegura que podemos tener una buena vida en Cipolletti. Su patrón, tiene chacras con plantaciones de fruta, me puede conseguir trabajo, tú podrías estar tranquila en casa. ¡Vamos Carmela! ¡Vamos a la Argentina! —escuchaba a mi padre repetirle a mi madre, mientras ella tragaba sus lágrimas.

Tiempo más tarde, guardamos lo poco que teníamos dentro de una maleta, y nos embarcamos junto a muchos como nuestra familia, repletos de sueños de una vida mejor. Mi madre, con un pañuelo apretado entre las manos, se despedía de sus padres, sabiendo que pasaría mucho tiempo hasta volverlos a ver.

Luego de varios días de viaje en barco, me familiaricé con algunas caras, en todas había un brillo de esperanza. Esas mismas caras reconocí en el Hotel de Inmigrantes, luego de llegar a Buenos Aires. Días más tarde, y tras un viaje aún más agotador.

—Siamo arrivati —dijo mi padre, habíamos caminado tanto luego de bajar del ferrocarril, que ya no sentía las piernas. Caminamos entre filas de árboles, hasta unirnos en un abrazo con tío Salvatore, allí cerca de un galpón, nos presentó a la familia dueña de la chacra.

Nos recibieron de manera amable, lejos estaba de poder entender su idioma, pero los buenos modales y el respeto es una lengua universal. La torta de bienvenida que nos ofrecieron, esponjosa, cubierta de manzanas acarameladas, fue lo más rico que comí después de días a puro guisados y pan.

—É piccolo, ma laborioso —aseguró mi padre, refiriéndose a mí. La confianza que se había ganado mi tío con la familia, la experiencia de mi

padre trabajando la tierra y mi fuerza y energía a pesar de tener solo 12 años nos dio impulso para empezar a armar nuestra nueva vida.

Vivíamos en una pequeña casa dentro de la misma chacra, la pagábamos trabajando. Criábamos animales con los que luego hacíamos embutidos, cultivábamos nuestras frutas y verduras, tal como solíamos hacer en Italia. Durante el tiempo de cosecha, vendíamos la fruta con la que nos pagaban. En invierno, podábamos y preparábamos la tierra para la nueva temporada. En tiempos libres, ayudábamos en otras chacras para juntar unos pesos extras. Durante la noche, bastaba una sopa caliente, pan con vino casero y caer rendidos para volver a comenzar un nuevo día antes del amanecer.

Mi madre sin dudas, era quien más sufría, había despedido con mucha angustia a sus padres y a sus siete hermanos en Italia, estaba inmersa en una cultura y en un idioma que desconocía. El dolor del desapego, la incertidumbre del futuro y la soledad que sentía, no la dejaba dormir por las noches y la mantenía inquieta durante el día.

« Arriveremo a casa presto » pensé en las palabras que había dicho mi padre en el barco, pero miraba a mí alrededor, miraba a mi madre, nunca me había sentido tan lejos de casa.

Con el pasar de los años otras familias italianas llegaron a la zona, muchas mujeres europeas se comprometían con chacareros mediante una foto que enviaban por carta a las familias para asegurarle el futuro a las hijas solteras. Llegaban al valle para casarse, pero no elegían, no tenían opción.

La necesidad te lleva a lugares inesperados, decía mi padre. Y lo pude comprobar cuando ese grupo de amas de casa como mi madre, fueron tejiendo redes y volviéndose un grupo de mujeres que compartían secretos, recetas de cocina con lo que ofrecía la tierra, cosían y bordaban, se enseñaban mutuamente a leer y escribir, y hasta trabajaban bajo el rayo de sol al a par nuestro. Compartían la vida, la celebraban, mantenían nuestras tradiciones, eran el sostén familiar. Organizaban bailes en los galpones, contaban historias. Recordaban sus tierras con nostalgia, soñaban con volver a abrazar a los suyos. Su motor para seguir adelante era imaginar a sus hijos fuera de la guerra y del hambre. Poco a poco, mi madre comenzó a dormir por las noches y a sonreír durante el día.

Entré al galpón una mañana a buscar unas herramientas que había guardado el día anterior, quedé petrificado como un bobo bajo el umbral apenas la vi, armaba cajas de manzanas con tanta delicadeza que no entendí cómo una tarea tan simple podía verse como arte en sus manos.

—Margarita —su voz retumbó, estaba tan perdido en sus ojos que no supe qué decir. — Soy la hija del dueño, vine a ayudar. Sabino, ¿verdad? — Me gustó cómo sonaba mi nombre dicho con su acento. Me gustó como

durante los 6 años siguientes se las ingenió para entender a mi familia, cómo adoptó mis tradiciones como propias, me gustaba presumir que era el novio de la hija del dueño. Y más me gustó cuando ese 16 de septiembre la vi acercándose a mí vestida de blanco, con un ramo armado con flores de árboles de manzana, sin duda después de ella, mi Margarita, esas eran mis flores favoritas.

Un mediodía luego de la cosecha, como era costumbre en tiempos de vacas gordas, su padre hizo una fiesta para todos los peones, muchos venían desde lejos con sus familias. Bailamos chacareras y tarantelas al ritmo del acordeón verdulero y la guitarra. Mi hija jugaba feliz entre los demás niños. Voces argentinas e italianas aumentaban cada vez más el volumen. La damajuana de vino circulaba de un lado a otro.

—Arriveremo a casa presto —dijo mi padre mientras se unía a la fila para conseguir algo de comida. Durante mucho tiempo había creído que casa había quedado a miles de kilómetros luego de subirme con solo 12 años a ese barco.

En ese momento, mirando a mí alrededor entendí, que el hogar se construye. Ahora mi casa es esa chacra, son las plantas y árboles que veo crecer con orgullo, sus flores blancas volátiles y envolventes que me recuerdan el día de mi boda; casa son los animales que cuidamos con tanta dedicación; casa son los ojos y las manos de mi mujer, la familia que formamos; casa es la torta de manzana de bienvenida que ahora hace mi madre, sus lágrimas cuando recuerda el pasado; casa es mi hija participando de la cosecha y armando cajas de manzanas tal como hacía su mamá, que haya aprendido de chica a amar este trabajo; casa es mi padre y mi tío unidos en un abrazo silencioso pero sincero, sin ser tan conscientes de todo lo que construyeron juntos; casa es la generosidad de la tierra que nos brinda todo lo que necesitamos, de la gente que nos dio una oportunidad. Pero también casa son las historias que nos contaron, la familia que dejamos buscando un futuro mejor, recordar y emocionarse, no de tristeza sino de orgullo, esa sonrisa pensativa que te lleva al pasado y te llena de satisfacción. Casa es la ciudad que nos recibió y cobijo con tanto amor, que nos dejó embebernos de sus costumbres pero también respetó y adoptó las nuestras.

—Siamo a casa —le dije a mi mujer al oído— Cipolletti è la nostra casa.

WÜR WÜRÜN

Michay Mantegna

Los susurros persisten en mi memoria, como fragmentos de una pesadilla que se niega a desvanecerse. A veces, me resulta imposible pensar en ellos como simples ilusiones. ¿Cómo puedo explicar algo que incluso mi propia mente relaciona con la locura? La primera vez que los escuché fue en una noche oscura, mientras pedaleaba de regreso a mi casa desde Neuquén hacia Cipolletti. Siempre disfrutaba del verde atajo que me ofrecía cruzar por detrás del Fortín Primera División, alejándome del molesto tráfico de la ruta 22 y atravesando el pequeño espacio verde antes de volver al ajetreo de la urbanización. Pero en esa ocasión algo era diferente; un repentino y fuerte viento me impedía pedalear al mismo ritmo. Avanzar se hacía cada vez más difícil. De repente, sentí un fuerte dolor que se incrustó en el centro de mi cabeza. Tiré la bicicleta a un lado. Me tomé el rostro con una mano mientras con la otra me apoyaba en un álamo, pero nada que hiciera me ofrecía alivio. Un sonido azotaba mi mente: "Ngen-kürüf wirarüngüman Ngen-wekufü", se repetía incesantemente y me doblaba de dolor. Hasta que el viento se calmó; un repentino silencio se llevó todas las sensaciones y ruidos. De golpe me sentía bien, como si nada hubiera pasado, y pude retomar mi vuelta en bicicleta.

A los pocos meses, paseando en mi bicicleta en la Isla Jordán, sentí lo mismo. De nuevo ese fuerte viento y la sensación de ser consumido por los ruidos de mi mente. Ruidos que se transformaban en voces y cada vez podía oír más claramente las palabras: "Ngen-kürüf wirarüngüman Ngen-wekufü". Estos eventos fueron cada vez más frecuentes. Visité a varios médicos y me sometí a varias resonancias, pero los resultados sobre mi salud siempre fueron positivos. Desesperado, decidí probar nuevos métodos y, por consejo de mi abuela, fui a ver a una vieja curandera que aún vivía en una de las pocas chacras que quedaban en La Falda. La sabia anciana me contó que ella era descendiente del "fatütufe", brujos formados en el "tafü", es decir, en cuevas místicas. Sentada a la sombra de un viejo peral, ella me dijo que, en su juventud, su madre la llevaba a la cueva del león al otro lado del Río Negro, donde ambas se sentaban a escuchar al viento para fomentar su "kafkün", algo similar al concepto del sexto sentido. Mientras pelaba una pera, ella me dio la siguiente explicación:

Pocos son los afortunados los que nunca hayan escuchado ruidos extraños en su casa por la noche. Maderas que crujen, golpes contra

superficies que no están en contacto con nada y ruidos que son difíciles de catalogar. Es fácil pensar que fue el viento, un animal caminando por los techos o simplemente cambios en la temperatura que dilatan y contraen algún material en particular. En estos casos, uno asume lo que la mente quiere creer en base a lo que parecería ser más lógico. Pero ¿qué pasa en esos casos donde se da la situación inversa? Son nuestros sentidos los que nos transmiten algo que nuestra psiquis preferiría evitar. No todos los ruidos de la noche se pueden explicar a través de hechos de carácter frecuente, como los ya mencionados. De repente, la anciana se puso seria y me dijo: Pensar en el origen de los mismos, según lo que nuestros sentidos perciben, puede incitar a oscuras teorías que, con el transcurso de la noche, pueden transformarse en terribles realidades.

Es así como llegué al conocimiento de los relatos de las entidades del "würwürün", palabra que utilizaban los mapuches para denominar a los ruidos de los fuertes vientos patagónicos que azotaban sus rudimentarias viviendas. La anciana me explicó que las brujas de estos pueblos tenían sentidos que podían captar sucesos en otros planos, ajenos a lo que consideramos hoy como realidad. Las machis, brujas mapuches, tenían la capacidad de poder escuchar palabras en las potentes ráfagas y, a través de cantos, calmar a las voces del "würwürün".

¿Pero quién o qué susurra estas palabras en sus oídos? Le pregunté. Casi habiendo terminado su pera, ella me respondió: Las machis creían que el viento transportaba a entidades al servicio del "wekufü". Estos seres tenían el rol de supervisar a las tribus humanas y de exigir ritos para él. El guarecerse en toldos se podía considerar como una ofensa, es decir, como ignorar al "wekufü", quien enviaba su voz a través de las fuertes ráfagas. A través de los rituales, las machis demostraban que la tribu los escuchaba y evitaban brutales desenlaces.

Bajando la voz, como si tratara de contarme algo que no quisiera que nadie escuchara, la anciana prosiguió: Varias décadas han pasado desde que la respuesta a estas voces era una práctica común. El hombre blanco ha colonizado mayoritariamente el terreno, no sin derramar mucha sangre autóctona en estos suelos. Las casas y edificios actuales hacen cada vez más difícil el ingreso de una mínima brisa y las voces no son escuchadas por nadie. La sangre de quienes los servían riega los terrenos patagónicos, los oídos de las poblaciones actuales no entienden las palabras de antaño y estos seres se endurecen cada vez más. ¿Qué pensarías si te digo que estas criaturas ya tienen centenares de muertes bajo su influencia? Si bien la historia me entretenía, me costaba tomarme en serio sus palabras; me parecía más un cuento para asustar niños que se transmitía de una

generación a otra, que una solución real para mi problema. Traté de responderle con sinceridad, pero sin ofenderla; la respuesta más lógica es que esto es imposible, ¿cómo no ver algo tan terrible?

La anciana prosiguió con su explicación: Hay varios casos de muerte súbita. En personas con malos hábitos o mala salud, es fácil encontrar una explicación, porque como dije antes: La mente quiere creer lo que resulta más lógico de explicar. Pero, ¿qué pasa en esos casos en los que el fallecido es una persona de hábitos saludables y excelente salud? Las machis dicen que eso ocurre por ignorar a las voces... Pero ¿cómo se desencadena este proceso? Según lo que ellas cuentan, todo empieza con un fuerte viento con ráfagas de mucha frecuencia y gran intensidad. Las víctimas de estas entidades empiezan a escuchar ruidos extraños, que no son más que estos servidores del "wekufü" que están afuera tratando de comunicarse. Si los ruidos se prolongan, es porque están buscando la manera de entrar. Los ruidos se transforman en palabras: "Ngen kürüf wirarüngüman Ngen-wekufü"... Sería un error imaginarlos como seres corpóreos atados a las leyes de la física que conocemos. Estas entidades, los "shüchü", se mueven en planos entrelazados con nuestra realidad, planos para los cuales carecemos de la habilidad de percibir.

Una vez adentro, estos demonios en primera instancia provocan en sus víctimas la sensación de estar siendo observadas, producen ruidos fuera del alcance visual del desafortunado contactado, seguido de escalofríos cada vez más frecuentes. Estos seres malignos se regocijan de esta situación y prefieren acosar a víctimas que se encuentran acostadas buscando el letargo. Pueden estar repitiendo este juego siniestro durante varios minutos, pero el juego en algún momento llega a su fin... Se materializan en el interior de la habitación de la víctima, en frente de sus ojos. El terror se vuelve absoluto en las pobres almas que ven a esas figuras negras acercarse. Los latidos del corazón se incrementan rápidamente y la desesperación alcanza su punto máximo al notar que las extremidades no pueden moverse, la boca no puede gritar y las pupilas no pueden apuntar a otra dirección que no sea hacia estos seres de oscuridad. A veces deciden irse y dejar la experiencia como advertencia y testimonio de su presencia. Pero en otras oportunidades, la sombra se abalanza sobre el cuerpo, los latidos se hacen máximos, se siente como esta entidad se introduce lentamente en su ser hasta que las palpitaciones en su pecho se detienen y la oscuridad lo cubre todo...

La anciana vio mi cara de terror al escuchar su relato. Sonriendo, me tranquilizó y me dijo que había sido testigo de una advertencia y que en mí debía correr la sangre del Pangui, por eso podía sentirlos estando despierto.

Ella me recomendó que fuera una noche sin luna a sentarme dentro de la cueva del león. No sé si la idea me aterraba o si es más fácil para mí asociar estos casos a parálisis de sueño, insuficiencias cardíacas y otras explicaciones médicas. Pero su relato no deja de dar vueltas en mi mente. Escucho una pequeña voz, un susurro primitivo que se camufla como si fuera un mensaje de mi subconsciente que me dice: "...Ngen-kürüf wirarüngüman Ngen-wekufü..." Justo esa noche era muy oscura; pese al miedo, decidí ir a la cueva. Al sentarme adentro empezó un fuerte viento. Escuché las palabras "mañumelageyu"; de mi boca salieron sílabas que entonaban un canto que me era imposible descifrar. Estaba en un estado de semiinconsciencia. Al cesar mi voz, la cueva quedó en silencio, el viento se detuvo y los primeros rayos del sol se hicieron presentes. Nunca más volví a vivir nada igual. A los meses fui a contarle y agradecerle a la vieja curandera. Pero ella no sabía quién era; no se acordaba de haberme conocido. Le pregunté si sabía lo que significaba "mañumelageyu", y ella me respondió: Gracias por escuchar...

EL CANAL DE CRESPO

Julio Ludman

En los primeros días de Marzo, el norte del valle de Río Negro y Neuquén es un hervidero: chacras, galpones de empaque, comercios y bicicletas conforman un círculo virtuoso infinito; es la cosecha de nuestras famosas manzanas rojas.

El sol cae amablemente, anticipando un otoño delicioso, y divide las dos veredas de la calle España (unas de las pocas asfaltadas) en sol y sombra, como el ecuador.

En la vereda del sol, sentados afuera de la vidriera de la tienda de los hermanos Ludman, están el "Gordo" Oscar, Adolfo Rosales y Héctor Díaz, los tres dirigentes —y amigos— del club Deportivo, Social y Cultural San Martín.

1959: es tiempo de Liga Mayor de Fútbol, los clubes traen figuras de la Primera A de Buenos Aires. Se bajan del avión, juegan y se van en el primer vuelo del Lunes, con pesos fuertes en el bolsillo.

...la conversación es interrumpida por una gran explosión.

Una Motom 49 cc color ladrillo (lector, observe que "Motom" es la marca de la moto), baja un muchacho rellenito, con jopo a lo James Dean y mameluco de grafa color gris. Trabaja en la tornería de los Gandini.

Saluda y entra a la tienda; luego de 10 minutos, parte en su ruidosa moto con una reluciente boina azul y roja.

Es domingo en la vieja y cada vez más épica cancha "Del Matadero"; está ubicada a unas seis cuadras de la calle principal, la calle Fernández Oro.

La cancha Del Matadero está circundada por el "canal de Crespo"...

San Martín recibe al duro equipo de Obreros del Dique.

Todo el pueblo, quince mil almas, pugna para estar presente. Los dirigentes anuncian que viene un jugador de Buenos Aires, no se sabe el nombre, pero se cree que es un delantero de San Lorenzo, el número 9 —si seguro es ese— el "Nene" Sanfilippo, —aclaró que los diarios de Buenos Aires llegan con tres o cuatro días de atraso, las revistas deportivas muy pocas veces—, por lo que a las figuras de la Primera División A las conocemos únicamente por la transmisión de las radios.

El partido es parejo, todas las miradas están puestas en el centroforward de San Martín, que luce una impecable boina con los colores de San Lorenzo...

El siete del local, el "Lolo" Estalrich, desborda por la derecha y tira un centro

atrás y, ante el achique del arquero de Obrero —el “Bocha” González—, el 9 local la tira varios metros por arriba del travesaño.

Los murmullos empiezan a escucharse, como si alguien subiera la perilla del volumen...

Los tres amigos pegados al alambrado no hablan, conocen las preguntas y las respuestas (si usted tiene amigos de la infancia, sabrá de qué hablo).

El cielo luce despejado y sólo se siente una brisa con el perfume dulzón de las manzanas de las chacras cercanas...

De pronto, la perilla de volumen otra vez, silencio en la cancha: los jugadores comienzan a resbalar en la gramilla, los pies de los players dejan de verse.

El árbitro, el “Chimenea” Barrera, se mira sus botines y está con el agua hasta los tobillos...

Luis Lagos, otro de los amigos y dirigentes, no necesitó preguntas. Abrió las compuertas que usaban para regar la cancha, que se inundó con las aguas que transporta el canal de Crespo (descienden del canal mayor y se usan para regar las chacras del oeste de nuestra ciudad).

1959 es el fin de la diáspora de “los Leones” del barrio Don Bosco.

Dicen que hay una foto de los cuatro amigos con el boleto de compra de los terrenos del ex tambo de Kossman, donde hoy se emplaza el hermoso estadio Julio Dante Salto...

ME HAS VISTO

Ana Laura Ortega

Bajo el cobijo del presente
mi alma recita un pasado.
Durmiente tras durmiente,
vagón tras vagón,
renacen en mi memoria
seguidilla de atardeceres.

Una estación aguarda
ese sonido que estremece.
En el horizonte un tren,
denota su llegada.
Trae cultura a mi tierra,
nace un pueblo, un mañana.

Bajo el cobijo del futuro
mi alma recita un presente.
Cauce tras cauce,
año tras año,
renacen en mi memoria
seguidilla de amaneceres.

Torrente de las aguas,
afluente de esperanza.
La hondura de su lecho
tiñe de color a los frutos,
da vida y refleja
mi tierra valletana.

Día tras día siento.
Paso a paso te contemplo.
Las vestiduras de pueblo
se engalanan de ciudad.
Me has visto crecer,
te veo creciendo.

VIAJE SIN PASAJE

Antonella Denise Godoy

Aquel viejo vagón llegó a la ciudad, su madera llevaba un color oscuro, señal de los años que había transitado, sería la nueva atracción. El Intendente de aquella ciudad había quedado maravillado con el cuándo visitó aquella otra ciudad situada en el valle, al instante recordó sus viajes en tren y con mucha emoción consulto si aquel vagón podía ser llevado para que otros pudieran admirarlos, y despertar distintos recuerdos en los habitantes.

—¿De dónde dijiste que venía? —preguntó Maia admirando el viejo vagón.

—Cipolletti —contestó Fran, tocando la madera como si él supiera algo de eso.

—Ni siquiera es de nuestra ciudad ¿cuál es la gracia de esto?

—Según el Intendente cuando se subió fue una experiencia única.

—Habrá que probar esa magia —dijo Maia.

Los chicos subieron al vagón, las maderas crujieron con cada paso, pero nada demasiado raro como para espantar a los niños. Maia camino hasta el frente, suspiro con decepción al no poder ver eso maravilloso que el Intendente dijo ver.

—No hay nada que ver, solo es un viejo vagón

—Espera ¿qué es eso? —preguntó el chico agarrándose de la baranda, el vagón había comenzado a temblar.

—No lo sé, salgamos de acá —Maia lo agarró de la manga de la camiseta y cuando estaban a punto de saltar la puerta del vagón se cerró, y el temblor al suelo los arrojó.

Las puertas se volvieron a abrir, pero en vez de ver las montañas, muchos edificios se alzaban alrededor, quedaron de panza sobre el suelo. Levantaron lentamente la cabeza, un hombre que limpiaba un caballo blanco había visto todo, de inmediato se acercó para dar una mano.

—¿Están bien niños?

—Creo que la cabeza me quedó al revés —comentó Fran agarrando su cabeza con ambas manos. —Yo veo que está en la dirección correcta —dijo el hombre soltando una risa.

—¿Dónde estamos? —preguntó Maia tratando de caminar en línea recta.

—Están en mi ciudad, en mi querido Cipolletti —el orgullo en los ojos del hombre era notable.

—¿No dijiste que el vagón venía de acá? ¿Cómo es posible que nos haya traído? —Maia no se explicaba cuál era el fenómeno que acaban de

presenciar.

—Tal vez no debimos insultar —respondió Fran rascándose la nuca.

—Bien, ya estamos aquí, debemos entender que es lo que el Intendente sintió.

—¿Hablan del Intendente Rodríguez? Que hombre tan soñador, yo estuve el día que pidió y casi rogó para que le dejaran llevarse este vagón.

—Solo es un... —estaba diciendo Maia.

—Oye ya tuvimos suficientes problemas deja de ofender —le tapó la boca Fran—. Ha sido importante en algún momento.

—Por supuesto que lo fue, qué les parece si les muestro un poco de mi ciudad —los invitó el hombre dejando a un lado el trapo.

—Bien, yo soy Fran y esta es mi prima Maia —se presentó el chico.

—Un placer Fran y Maia mi nombre es Felipe, me encargo de dejar reluciente a mis amigos del carrusel —se presentó Felipe corriéndose a un lado para que los niños pudieran ver aquel viejo, pero hermoso carrusel.

—Es simplemente hermoso —dijo Fran acariciando uno de los caballos—. ¿Podemos subir?

—Me temo que no, está en reparación, tal vez algún día lo puedan ver funcionar, creo que la mitad de la población ha montado una de estas bellezas —dijo el hombre también acariciando el caballo.

—Hay muchas cosas antiguas por aquí —dijo Maia mirando a su alrededor.

—Esperemos que al final del paseo tengas otro pensamiento.

Los tres comenzaron a recorrer la ciudad, Felipe les contaba lo importante que había sido el tren para la fruticultura en su traslado. Los niños hacían ciento de preguntas respecto a todo lo que veían, Don Felipe los llevó por un paseo por la calle principal, jugaron con el agua de una pequeña cascada y admiraron las palomas que se posaban a beberla.

Siguieron su viaje claro no sin antes subirse a cada sube y baja y calesita que veían. El hombre solo podía pensar que veía a sus hijos de nuevo, jugar en los juegos por los que tantos cipoleños habían pasado y en los cuales la mayoría había crecido al salir de la escuela, escuchaba de nuevo ese timbre y las risas que llenaban el aire, las madres corriendo detrás con sus hijos desprendiéndose de sus manos para ser los primeros en subir al tobogán. Aquellos columpios que ya estaban descoloridos, pero que habían alegrado a tantos niños.

Antes de que el sol siguiera cayendo comieron papas fritas en un carrito, sentándose en el césped y disfrutando de interesantes historias que aquel hombre guardaba para sí, no estaban solos la ciudad entera disfrutaba del buen clima y un rico cono de papas.

—Cuántas historias asombrosas tiene para contar —dijo Maia respirando

profundo el olor a panchos y papas, Felipe tenía razón no solo eran cosas y lugares antiguos eran las memorias de las personas, sus risas y llantos habían quedado grabadas en cada lugar.

—Estoy seguro Maia, que tú también las tendrás cuando seas mayor y serán acerca de tu ciudad, recordarás el árbol del vecino del cual te caerás, recordarás a tu madre corriendo detrás de ti para que no te caigas de la bicicleta, pensarás en aquella plaza a la que tantas veces fuiste a columpiarte o en la que hiciste nuevos amigos, créeme que cada una de estas personas guarda un recuerdo especial de esta ciudad.

Los bostezos fueron imparables, Don Felipe acompañó a los niños hasta el vagón, antes que la puerta se cerrara les lanzó dos manzanas y un mapa de la ciudad. Fran y Maia agitaron sus manos en señal de saludo y con una gran sonrisa se despidieron de su amigo, la puerta se cerró y un temblor los trasladó a su hogar. Con muchos más recuerdos para guardar.

Fran y Maia sabían que algún día debían regresar porque en ese carrusel ellos debían andar, y esperaban con ansias a Don Felipe encontrar.

EL PROGRESO

Gladys del Carmen Lara

Hoy en día es muy fácil abrir el grifo y obtener agua, girar una perilla y encender la cocina.

Pero no siempre fue así en Cipolletti, y voy a contar cómo viví de niña lo que era tener esos servicios en mi casa.

Hace cincuenta años atrás, siendo yo la mayor de cuatro hermanos, acompañaba a mi mamá hasta la canilla comunitaria que estaba dos cuadras de mi casa para llevar agua para el consumo, la limpieza etc.

Para ello contábamos con tachos de distintos tamaños, baldes, botellas y todo aquel recipiente que pudiera contener agua era bueno.

Cuando no podíamos llevar todos los recipientes los dejábamos encargados a algún vecino y luego lo pasábamos a buscar.

A veces el agua que brotaba de la canilla era sólo un hilito, por lo cual tardabas mucho tiempo en llenar los recipientes y muy rápidamente se vaciaban, para repetir el ritual varias veces al día.

Para regar las plantas, había un canalito que brindaba el agua necesaria.

Lo mismo ocurría con la garrafa de gas, que era escaso y costoso y había que hacer cola porque eran contadas las garrafas que llegaban al depósito expendedor y tenías que llegar temprano para poder adquirir una.

Íbamos con mi madre a hacer la cola, yo me quedaba allí esperando hasta que me vendieran una garrafa, ella se iba rapidito hasta la casa porque mis hermanos habían quedado solos, y cuando ella calculaba que ya había adquirido el precioso combustible llegaba, cruzábamos un palo de escoba por las ranuras de la garrafa y como podíamos, yo una niña de escasos ocho años y ella, nos íbamos caminando por el barrio Don Bosco hasta llegar con el gas que nos duraría unos pocos días, y nuevamente repetiríamos el mismo ritual.

LA TIMBA

José Alberto Quiñones

Fue allá lejos y hace tiempo, un doce de octubre, el feriado por el "Día de la Raza", como se llamaba por aquel entonces. Ahora se conmemora el "Día del Respeto a la Diversidad Cultural", promoviendo la reflexión histórica y el diálogo intercultural acerca de los derechos de los pueblos originarios. La fecha no se trasladaba ni existían los "feriados puente". Recuerdo el día —no el año— asociándolo a una referencia futbolera: esa tarde se presentó la reserva de River en Neuquén, y le metió como trece goles a la selección del otro lado del puente.

Pero vayamos a nuestra historia. La calle Suipacha marcaba el límite norte del barrio Del Trabajo. Un tamariscal que arrancaba en las vías y llegaba hasta la Mengelle separaba la parte urbanizada del descampado donde se levantaba el "potrero" y se extendía un viñedo abandonado. Más allá, la chacra de Isidro García. Cruzando los tamariscos, el cauce seco de un desagüe. Allí se había instalado, como en otras ocasiones, a la altura de la Namuncurá, el "garito" donde la muchachada "timbeaba" a sus anchas, consumiendo las horas de ocio y los billetes.

Los tamariscos aislaban al "casino" de las miradas indiscretas y ponían a los habitués a salvo de los "moralistas" que censuraban las inclinaciones lúdicas de los muchachos del barrio y los ocasionales visitantes.

Una frazada en el piso, el cubilete con los dados y a tentar la suerte en una larga apuesta que se terminaba cuando las primeras sombras de la noche ganaban el espacio.

Se jugaba en serio y existían códigos, que nadie se atrevía a quebrantar. El Gusano Soto andaba "dulce" esa tarde. Echaba buena y buena; algunas ya lo miraban con recelo.

En eso aparece uno de sus hijos, que con toda la inocencia del mundo le dice delante de todos: —Papi, papi, dice la mamá que si vas ganando, que te vayas enseguida para la casa...

El pibe se volvió sólo, sin el papá ganador; imposible abandonar para el Gusano. Quebrantar los códigos desacreditaba a quien osara hacerlo, y la amistad podría no terminar de la mejor manera. Y guarda con los dados "cargados". Prohibitivo ponerlos cuando los concurrentes eran todos del barrio; si venían a "timbear" los de afuera, la cosa cambiaba, los visitantes terminaban "desplumados" sin remedio.

Nutrida concurrencia hubo ese feriado. Sin obligaciones, el rodar de los

dados tentaba y los billetes pasaban de mano en mano, ilusionando a unos por un rato, sumergiéndolos en la decepción en otros.

A Juancito, otro de los apostadores, la suerte le era por demás esquiva. Dos malas seguidas y el hombre no aguanto más y lanzó la maldición que generó la hilaridad general: —¡Ayyyyyyyy, que se muera mi papá!...

La "timba" se estaba poniendo cada vez mejor. Se sumaban los adeptos y el pozo crecía a la par de las ansias de los apostadores.

Nada alteraba la diversión del feriado, hasta que al Peluda González se le ocurrió salir del "garito" para estirar las piernas, medio acalambradas de tanto estar arrodillado.

Entonces los vio, allá lejos, enfilando para la "timba". El alerta no se hizo esperar: —¡Los milicos muchachos, los milicos, rajemos...!

¿Quién le habrá alcahueteado a la policía?, ¿acaso algún "moralista" del barrio?, ¿tal vez la mujer del Gusano porque el marido no le hizo caso?

El desbande fue masivo y todos salieron disparando sin rumbo fijo. Muchos enfilaron para el descampado en dirección a la Mengelle, poniendo a prueba la paupérrima capacidad aeróbica de los policías que los persiguieron. Otros rajaron para el barrio, buscando escondite en el primer recoveco que se les presentara.

El Flaco corrió todo lo que le daban sus largas extremidades y se metió sin permiso en la casa del viejo Aurías, el fotógrafo, encontrando refugio debajo de una cama. Al rato golpean con insistencia la puerta y cuando el dueño de casa atiende, aparece un "milico", a los gritos y poniendo cara de malo.

—Andamos buscando a los que estaban "timbeando", —vociferó el uniformado— y ojo que si alguno los esconde, también lo metemos preso por encubridor.

El viejo salió disparado como un rayo para la pieza, se agachó junto a la cama y le dijo al Flaco con voz temblorosa: —¡Salga por favor vecino, salga que lo descubrieron...!

A otro que también agarraron fue a Juancito, el que le deseaba lo peor a su progenitor cuando los dados no lo favorecían. Disimuladamente se sentó en una mesa en el patio de Raúl Sotto y se puso a leer el diario. Cuando llegó la "cana" lo encontraron en plena lectura... icon el diario al revés...!

Uno de los "timberos", tuvo la desgracia que su hermano —policía— estaba esa tarde de servicio integrando la comitiva que llegó hasta el barrio a desarticular el "garito".

Muy serio, el hermano policía le dijo al "reo": —No es tu hermano el que te detiene, es el largo brazo de la ley el que te castiga...

La redada dio sus frutos a medias. Los que lograron "hacerse humo" se fueron temprano a dormir, algunos "secos" pero libres, en el anochecer de un día agitado.

Los menos afortunados enfilaron para la comisaría y durmieron en el calabozo.

Entre ellos el Gusano Soto, al que no le importó tanto la fría e incómoda celda que le tocó en suerte; más preocupado eso sí, por la "recepción" nada amistosa que seguramente le tenía preparada su mujer cuando volviera a su casa.

Por "razones de fuerza mayor", el "casino" del barrio suspendió sus actividades por algún tiempo y los domingos y feriados el cubilete fue reemplazado por los tradicionales picados en el potrero, con catorce o quince jugadores por lado, no importaba. Esos entreveros futbolísticos donde todo valía y solo se cobraban las manos.

Se jugaba hasta cuando ya no se distinguía la pelota en el ocaso de la tarde y se perdía la cuenta del resultado.

Después volvió la "timba", claro. Pero para que los "milicos" no aguaran la fiesta y pescaran a todos in fraganti, se tomaron las precauciones del caso y se puso a un pebete para que hiciera de "campana". Así, cuando llegara la ley, los viciosos se podían rajarse sin problemas y a otra cosa, mariposa.

URBE

Debora Judith Bustos

Tus calles llenas de memoria, paseo de los ancianos.
Tus vías del tren contando tantas historias,
Con recuerdos que piden justicia.
Los árboles llenos de momentos,
Monumentos de esfuerzo y trabajo construyendo costumbres y
leyendas. Tus tardes de sol en la isla, pasando en la balsa de orilla a
orilla.
Tu puente carretero con sus años cubriendo el río que ruge con su
bravura.
Los domingos de fútbol envueltos en los cánticos de la cancha.
Tus camiones llenos de manzanas y peras camino a la sidrera.
Los cantores de nuestra tierra entonando una chacarera.
El viento audaz moviendo las ramas de los sauces a la costa del río,
trayendo una melodía de antaño,
de un pueblo tan querido.
una melodía que siempre ha estado rodeando la ciudad,
Un aroma de chacra, de buena gente que invita a conocerte, Cipolletti.
Débora Bustos, escritora cipoleña.

UNA MELODÍA QUE DESPIERTA EN SEPTIEMBRE

Angel Amado Hernández

—Me llamó el maestro Escobar, para decirme que la Banda se presenta el 16.

El tono en su voz, que delata el paso de los años, se expandió en el pequeño habitáculo, y descomprime mi tensión sobre la ruta que transitamos. Lo aletargado de su modulación y la expresión en su mirada, dejaron entrever algo más, que un comentario al pasar.

—Que bueno saberlo Gianni —Respondí y continuamos el andar, envueltos en un silencio ávido de preguntas.

Con sus ochenta y tres años, Juan o Juancito, el ejecutante del saxofón tenor, para los integrantes de la Banda Municipal de la Ciudad de Cipolletti, es quien adopta, para el entorno familiar, su Giovanni o Gianni, de innegable raíz siciliana.

En el presente y en la quietud de su hogar, Juancito el saxofonista, siempre se propone un tiempo para ensayar algunos acordes. Aferrado a su saxofón busca adaptar su mejor postura corporal. Como él dice: "Me animo a tocar de todo lo que me pidan, tangos, clásicos, boleros. Con ello, logra en alguna medida mitigar dolencias que le pusieron un freno a su dinámica diaria y una pausa a su participación en la Banda Municipal. Cada ensayo resulta ser la mejor medicina para sobrellevar este derrotero en su vida.

En el despertar de su adolescencia, aventurándose entre senderos y las primeras barriadas en "La perla del valle" y a caballo de una impronta de permanente búsqueda, comenzó a incursionar en la práctica del clarinete. Porque no pensar entonces, que a través de este costado artístico, intentó moldear un horizonte de utopías, desterrando añoranzas anidadas en su familia, venida de la tierra italiana.

Sábado 9 de septiembre de este 2023, en La Casa de la Música, comienza la tarde con un nuevo ensayo de la Banda Municipal de Cipolletti. Allí, en las adyacencias a las vías del ferrocarril, escapan sonidos, entreverados con silbidos de entre las ramas del parque y el trinar de pájaros, que hacen una pausa sobre la ciudad. En ese particular espacio, luego de una prolongada ausencia, vuelve a estar Juan con su inseparable instrumento de viento, siendo recibido con el calor que sólo el abrazo de sus compañeros le pueden brindar.

Sabido es que, en los próximos días nuevamente se presentará en

concierto nuestra Banda Municipal en el Complejo Cultural Cipolletti. Su rica historia, sustentada en la invalorable disposición de sus integrantes, de edades disímiles y que provienen de diversas vertientes de la música instrumental. Otros que aportan su exquisita voz; juntos, logran en cada cita, un ambiente armonioso e imperdible. Sus inicios, se remontan al 12 de agosto de 1989, muestra que contó con la presencia de Juan.

En los días previos a la presentación, detrás del cortinado de un balcón, una melodía suave y armoniosa emerge de una silueta encorvada y se sumerge, una vez más, en el crepúsculo de septiembre.

NOSTALGIAS DE UNA CIPOLEÑA

Natalia Martín

Un cálido lugar, que emerge en la confluencia entre el cristalino Río Limay y el Impetuoso Río Neuquén, los cuales dan origen al Río Negro, que van acariciando a mi pequeña ciudad: "Cipolletti".

Mi querido Cipolletti, zona bella del Alto Valle la cual me abrigó. Te vas dando cuenta que estás en ella, porque vas sintiendo ese abrazo con el que te reciben sus kilómetros y kilómetros de alamedas.

En esta ciudad di mis primeros pasos, gateé, tambaleé, tropecé, caí, hasta hice equilibrio jugando a la rayuela.

En esos momentos se jugaba con los chicos de la cuadra, en sus calles de tierra, cuando la diversión comenzaba con la luz del sol y la luna nos marcaba el volver a casa.

Los amaneceres venían acompañados por el cantar del gallo, continuado del talan talan, dando aviso de la llegada del lechero, a quien con mucho entusiasmo salíamos a recibirlo para poder empezar con un delicioso desayuno.

iiiQué épocas aquellas!!! Rememorando al chofer del colectivo, que era un vecino más, él tantas veces en su último recorrido se tomaba la molestia y alteraba su recorrido para cuidarnos y dejarnos al frente de nuestras casas.

Con el transcurso del tiempo las calles de tierra comenzaron a teñirse de gris, dejando atrás el dibujar con una rama la rayuela y nuestras risas al jugar en ella.

A medida que Cipo crece, avanza, progresa, si hay algo que no cambio jamás es nuestra gran pasión por los colores Blanco y Negro.

Sí nuestro querido Albinegro, que nos llena de alegría cada domingo. A veces de desesperación y nerviosismo frente a un partido decisivo, todas esas emociones vividas en un solo lugar: la cancha del Club Cipolletti.

Otro de los más preciados tesoros que nos pertenecen son los que se cultivan en las chacras: sus sabrosas manzanas, las cuales traspasan las fronteras, llegando a otros lugares del mundo. Quienes también pueden conocer algo de Cipolletti en estos sabores donde algunas oscilan entre ácido y dulce.

Debemos tener presente que nuestra estimada ciudad siempre ha sido amable y generosa con aquellos que han pasado por ella, tanto así que Cipolletti tiene sabor a Italia. Aunque en sus inicios tenía aroma de mujer:

“Colonia Lucinda”.

Con estas palabras comparto algo del lugar en el que habito: mi bello y querido Cipolletti.

CUENTO

Vilma Cabezas

En una pequeña ciudad del sur del mundo, un niño jugaba todas las tardes en la vereda de su casa, regalando sueños a los transeúntes. Pasaban las señoras, que le sonreían con ternura, y él les ofrecía una parcela en una ciudad que "estaba cerca de todo", llena de vecinos amigables y solidarios, con paseos comerciales, oferta gastronómica, salones de belleza, gimnasios, talleres literarios, de manualidades y de música...

Pasaban los señores, y les ofrecía la parcela donde tendrían cerca concesionarios de autos, talleres mecánicos, actividades deportivas, canchas y estadios de fútbol y bancos.

—¿Buscan viajar en avión? Tendrán cerca el aeropuerto —se lo oía decir— ¿Prefieren viajar en Ómnibus? Tenemos cerca la Terminal. Si viajan en su propio automóvil tenemos cerca excelentes talleres mecánicos para acondicionarlos, y sepan que tenemos muy cerca la montaña, y también muy cerca el mar! Les decía el niño a quienes buenamente lo escuchaban con el debido respeto...

Si pasaban por allí grupos de jóvenes, el niño les recomendaba las parcelas, siempre cerca de las universidades, colegios y bibliotecas, o las variadas opciones para ir a bailar, a cenar, ver espectáculos o conciertos (incluso con artistas de talla internacional), o simplemente la variedad de espacios verdes donde podrían ir a disfrutar las tardes.

A los abuelitos que (adrede) pasaban por su vereda para alegrarse con sus gracias, les ofrecía la parcela que les quedaría cerca de los talleres de tango o de folclore, o de las caminatas en el parque, o las competencias de bochas o tejo; y porque no, cerca del casino.

Y cuando otros niños pasaban por su vereda, les decía que les cuenten a sus papis que adquieran una parcela en la ciudad donde tendrían cerca su Jardín o escuela, los parques con juegos y peloteros para los cumpleaños, y muchas actividades extra escolares divertidas para hacer, y aprender.

Todos en la ciudad, ya sabían de ese niño. Lo adoraban porque, con sus ocurrencias, les robaba una sonrisa cada día al pasar por su vereda. Lo que no sabían, es que la ciudad donde "todo queda cerca", no es una ciudad imaginaria. Esa ciudad de la que hablaba el niño se llama Cipolletti... pero muchos siguen aún creyendo, que era fruto de sus sueños.

EL LABERINTO DE EVA

Daniel Freites

Estaba perdido, me había distanciado y ahora no sabía cómo encontrar el camino de regreso. Quise volver por donde vine, pero en un momento de pérdida del sentido del espacio, equivocaba el camino de la derecha con el de la izquierda, en una completa confusión, terminando siempre en el mismo lugar: el busto de Eva. La tarde era fría, tenía los dedos helados y las mejillas seguramente rosadas. La lluvia de la mañana había dejado charcos en la tierra del cementerio como largos espejos ovalados. Adentrándome en silencio y sin mirar las placas, ni los nombres, ni las fotos, seguí buscando algún indicio de la salida, de alguna persona que me lograra indicar el camino. Cuando miré el reloj noté que solo habían pasado diez minutos y aún estaba a tiempo para llegar puntual a la reunión, y para ver de nuevo los ojos de la mujer de la cual me estaba enamorando desde lo más profundo de mis secretos. Seguí caminando, mi mente se ausentaba en un ligero reposo, la lenta caminata que sostuve hasta el final del camino pavimentado, donde se erguía, orgullosamente, Eva María Duarte de Perón, con una placa destrozada por el tiempo pero que pude adivinar a pesar de la falta de letras, decía: La eterna abanderada de los humildes. Seguí caminando entre las tumbas para llegar a la salida, cuando miré mi reloj aún tenía tiempo para volver a la reunión de la que me escapé, había llegado demasiado temprano y me decidí por caminar un poco por Naciones Unidas, recordé que hoy era el aniversario de la muerte de mi abuela y paralelamente pensé en aquella frase de Heidegger: "...deberíamos tomarnos la molestia de pasar más tiempo en los cementerios", y entonces aquí estoy. Cuando miré hacia la derecha del busto de Eva, vi a un obrero municipal, un reparador de tumbas. Estaban sus herramientas en la tierra y, arrodillado, sutilmente limpiaba los escombros de un reciente entierro. Me acerqué, cordial y con una simple vacilación en mi pregunta y me respondió de la misma manera. — ¿Por dónde se sale? Cuando le pregunté esto me miró a los ojos, tuve en el fondo de mi corazón la sensación terrible y escalofriante de no ver otro rostro desde hace cien años. — Usted no se ha alejado de la entrada. Fue su mustia respuesta la que me hizo dudar del paso del tiempo y volví a mirar el reloj. Señaló la salida, que no estaba a más de cien metros del busto de Eva Perón, la cual, orgullosa, miraba hasta el final de un largo pasillo abierto, rodeado de tumbas y mausoleos; me dirigí cuidadosamente. Dándole

las gracias al obrero por haber despejado la niebla de mi rostro, llegué al portón de hierro siguiendo la indicación de su índice. Como si fuese un vaticinio, un coche fúnebre entró al cementerio municipal y, a medida que iba estacionando, una pequeña multitud detrás se acercaba, despidiendo por última vez a un hombre. Esquivé a los vecinos con silencioso respeto y volví a mirar el reloj, estaba a tiempo de llegar a la reunión, pero yo ya no era el mismo, me llevaba conmigo el cementerio, crucé Naciones Unidas y me di cuenta de que siempre cargaría sobre mi espalda la orgullosa mirada de Eva Perón.

MARIQUITA, UNA NIÑA CIPOLEÑA

Horacio Alberto Camarero Estévez

Quieta Mariquita, quieta Mariquita, me decía mi padre Francisco Estévez, que tu madre te va a retar, ella es Joaquina Díaz, y mi nombre es María Estévez y Díaz, nací en Cipolletti o pueblo de Fernández Oro, Colonia Lucinda, que son los nombres y apellidos de los que fueron los patronos de mis padres. Papá Francisco fue soldado sargento colonial del Reino de España en Cuba, cuando ese pueblo y país luchó por su independencia con el apoyo político y militar de Estados Unidos. Después de estar 12 años en Cuba, de haber contraído enfermedades tropicales, volvió a Granada, le llamaba "el indiano" en su aldea de nombre Mecinas. Le ofreció casamiento a Joaquina, que ella aceptó. Se vino a América, a la República Argentina a buscar Paz y Tierra, porque querían volver a ser Agricultores, como cuando eran críos o mozo, como decían allá. Se vino solo y después le mandó el dinero para el pasaje en un buque de tercera. Tengo a mi vista la partida de nacimiento y un pase para que mi mamá pueda transitar por el Reino de España y embarcarse a la Argentina, eso fue en los años 1904 a 1909, mamá tenía 20 años y papá unos 29 años.

En el Hotel del Inmigrante en el Puerto de Buenos Aires, empleado del General Fernández Oro, lo contrataron a papá como peón de la casa o del patio y a mamá como cocinera; para la casa en casco de la estancia, donde ahora estará la ruta nacional 22 y la entrada que tiene el arco de bienvenida, antes Av. Lisandro de la Torre, ahora Av. Luis Toschi, entrada de Cipo, (como le dicen algunos), ahora al pueblo que nací y siempre viví en la chacra de mis padres (entre las calles Brentana, Alem, Independencia e Yrigoyen). Cuando se lotió en 1940 a 1945, se lo llamó barrio Estévez, ahora lo llaman barrio San Pablo, cedimos los terrenos para ampliar la calle Yrigoyen porque era una huella, entre tamariscos y álamos.

Papá y mamá producían frutales y viñedos. La uva para vinificar la entregaban a la Cooperativa Viñateros Unidos Limitada. Papá y mamá estaban en el consejo de administración, reconocida como socia, lo que era excepcional. Tuvieron como marca el vino Flor del Prado Piedra Pintada y había una marca registrada Ciudad de los Césares. Mi hijo Horacio, me decía que se agregara el apellido Estévez para recordarme y diferenciarse de los cinco homónimos que hay en el país, pero eso es otro tema. Horacio me ha contado que la Ciudad de los Césares, "es una leyenda de los tiempos de la Conquista Española", encuentro de dos mundos o

choque de civilización. Que decían que era una Ciudad Encantada, llena de oro y plata fabulosa, que en algún lugar del sur estaba, que algunos podían llegar y que había que buscar aunque no se la hallara o que tal vez existiera o no, no se sabe". Le sigo contando a mis vecinos de Cipolletti, del Valle, porque soy ciudadana y patriota argentina, aquí nací, aquí vivo, viviré y moriré. También les puedo contar que si hacen una línea recta en diagonal entre dos puntos desde el casco de la estancia, que les decía y la casona Pichi Ruca, verán que coincide y continúa la actual avenida Toschi y Avenida La Esmeralda es la continuación de esa entrada, lo podrían apreciar desde una avioneta.

Cuando a mi llamaban Mariquita, iba con mi mamá Joaquina en carro jardinera, a visitar a Doña Lucinda González Larrosa de Fernández Oro, es la Pichi Ruca, y las sobrinas Doña Lucinda, las señoritas, Yansen Oro, muy elegantes, me llevaban a ver en el Parque, los pavos reales, los faisanes, había nutrias, para mí era fascinante ver esos animales, esas aves y otros. ¡Tan Bonitos! ¡Tan hermosos! A Doña Lucinda le decían "La Colorada" según me decían mamá y papá. Al General Fernández Oro dicen que decían que tenía en el cuerpo, el pecho, muchas cicatrices de heridas, que tuvo en la Guerra del Paraguay, así contaban, de lanzazos y sablazos.

También, conoció al Padre José María Brentana, que tenía la condición de dar su plato de comida y su cama a quien se lo pidiera al golpear su puerta porque lo necesitaba. También hubo otras historias; de distintas personas y familias, en todas las casas se cuecen habas y en la mía a calderada, según el dicho español. En la Capilla La Sagrada Familia me casé con Gabino Camarero en el año 1950. Lo conocía a los 7 años y él tenía 16 cuando mi hermano Luis, se casó con una hermana de él, de nombre Consuelo, les aclaro que nos pusimos de novio de grandes, no te equivoques, mis hijos nos cargaban. Gabino, me decían siempre, que se había casado con la chica más linda del barrio y yo les aclaraba a mis hijos que era la única, no había otra. Este breve relato se ha terminado.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
CONOCIENDO LA HISTORIA CIPOLEÑA DESDE LA MIRADA JOVEN	8
Julian Alejandro Valenzuela	
¡QUÉ LE PASA A MI GENTE!	11
Carlos Arturo Borquez Castillo	
ELLA HABITA EN MÍ	13
Rubén Nicolás Figueroa	
CIPOLLETTI LA BITÁCORA DE LA INFANCIA	16
Marina Soledad Blanco	
SILENCIO MUNDIAL	17
Juan Pablo Quintana	
MI BARRIO	19
Carlos Alberto Alfaro	
LOS DOMINGOS	22
Sergio Daniel Kristensen	
LA CANILLA	25
Teresa Alicia Gómez	
EL ELEGIDO	27
Fabio Alejandro Parceró	
LEONOR	31
Pablo Ramón	
UN RELATO PARA MI CIUDAD	33
Sebastián Quesada Fernández	
EL ÚLTIMO ADIÓS	34
Ignacio Obredor Ruiz	
MÁGICA CONFLUENCIA	37
Agustín D. Barraza	

EL PASADO	38
Paula Pérez Britos	
BREVES CRÓNICAS CIPOLEÑAS	39
Cristian Núñez	
NO ANDES DESCALZO	42
María Fátima Vergara	
CIPOLLETTI	43
Dalila Parada	
DESCUBRIENDO CIPOLLETTI, UN RELATO CONTADO POR UN NIÑO DE 8 AÑOS	44
Carlos Pirola	
LLEGAREMOS PRONTO A CASA	45
Rocío Belén Agostino	
WÜRWÜRÜN	48
Michay Mantegna	
EL CANAL DE CRESPO	52
Julio Ludman	
ME HAS VISTO	54
Ana Laura Ortega	
VIAJE SIN PASAJE	55
Antonella Denise Godoy	
EL PROGRESO	58
Gladys del Carmen Lara	
LA TIMBA	59
José Alberto Quiñones	
URBE	62
Debora Judith Bustos	
UNA MELODÍA QUE DESPIERTA EN SEPTIEMBRE	63
Angel Amado Hernández	

NOSTALGIAS DE UNA CIPOLEÑA	65
Natalia Martín	
CUENTO	67
Vilma Cabezas	
EL LABERINTO DE EVA	68
Daniel Freites	
MARIQUITA, UNA NIÑA CIPOLEÑA	70
Horacio Alberto Camarero Estévez	

El libro es la 8° va. antología que surge a partir del Concurso Literario de Relatos Breves “Descubrí Cipolletti”. En ella se compilan historias, anécdotas y costumbres relatadas y contadas por los propios habitantes de Cipolletti.

El concurso literario surge en el año 2013 como propuesta del equipo de la Dirección de Desarrollo Turístico Recreacional del Gobierno de Cipolletti, con el entusiasmo de generar un espacio que permitiera describir y descubrir la ciudad desde diferentes perspectivas, donde los protagonistas de las historias sean los propios pobladores, tal vez sus hijos, sus nietos o porque no, sus padres y sus abuelos. Lo fundamental es que se muestren al mundo, esos rasgos que dan a nuestra ciudad esa singularidad.

Aquí se compilan relatos donde se contarán historias de los primeros pobladores, personajes y personalidades históricas, los antiguos comerciantes, clubes y deportes amateur, escritores locales, avenidas, ríos, lugares, espacios y sitios únicos de Cipolletti. Y a partir de esta publicación, se quiere y anhela que esas historias perduren en el tiempo, que sean leídas y contadas, recordadas y valoradas por la comunidad y todos aquellos interesados en conocer más de nuestra ciudad.



GOBIERNO DE
CIPOLLETTI

Dirección de Desarrollo
Turístico Recreacional
SECRETARÍA
DE GOBIERNO

